

JUAN EMAR

AYER

ILUSTRACION DE GABRIELA EMAR

EDITORIAL ZIG-ZAG

A Y E R

h. 1.

h. 2.

h. 3.

C. 2

A A A 8945

De este libro se han im-
preso diez ejemplares,
fuera de comercio, en pa-
pel pluma, numerados
de 1 a 10.

JUAN EMAR

33687

AYER

ILUSTRACION DE GABRIELA EMAR



EDITORIAL ZIG-ZAG 1935

Ayer por la mañana, aquí en la ciudad de San Agustín de Tango, (1) vi, por fin, el espectáculo que tanto deseaba ver: guillotinar a un individuo. Era la víctima el mentecato de Rudecindo Malleco, echado a prisión hacía ayer seis meses por la que se juzgó una falta imperdonable.

Hela aquí:

Rudecindo Malleco era un hombre como todos. Como todos los hombres, un buen día contrajo matrimonio. Escogió como compañera a la que es hoy su inconsolable viuda, la triste Matilde Atacama. Rudecindo Malleco experimentó desde la primera noche una sorpresa agradabilísima. Ya por sus amigos sabía que todo aquello finalizaba por un goce muy marcado, mas nunca se había imaginado que fuese a tal extremo. Lo encontró tan deleitoso que era todo un problema arrancarlo del lado de su esposa y cuando iba por las calles sonreía el muy puerco con tal lubricidad evocando a su Matilde, que muchas púdicas doncellas enrojecían de pudor.

Pero hete aquí que los años empezaron a pasar para el pobre Rudecindo con el mismo ritmo inexorable que para cualquier otro ciudadano de esta ciudad o de cualquier otra y, como es natural, las fuerzas del buen hombre empezaron a sentirse afectadas.

En un comienzo, la dicha le sonreía a cada instante. Luego vióse en la necesidad de llamarla con mayor parsimonia. Luego tuvo que contentarse a que la dicha — dama deviniendo de arrogancia suma —

(1) «San Agustín de Tango», ciudad de la República de Chile, sobre el río Santa Bárbara, a 32 grados de latitud sur y 73 grados de longitud oeste; 622,708 habitantes. Catedral, basilica y arzobispado. Minas de manganeso en los alrededores.

le visitara cuando a ella, no a él, le pareciera bien. Y, por fin, notó que, salvo los días 1.ºs y 15 de cada mes, la gran dama corría sin duda a otros quehaceres, pues no llegaba a golpear su puerta.

Creo obvio advertir que junto con aumentar la impotencia del buen hombre, aumentaba su tristeza. Poníase Malleco melancólico, ennegrecíase su carácter y son muchos los que en el proceso declararon haberle visto llorar a solas. De haber seguido las cosas así, no tengo dudas de que hoy Rudecindo figuraría en la lista de los suicidas. Mas no fué así. Su misma tristeza le salvó. Ciertamente es que lo llevó hasta el castigo supremo, pero, en fin, lo salvó del suicidio y le proporcionó aún varios años de intensos placeres.

Una noche hallábase el neurasténico personaje bebiendo solo su cerveza en un rincón de la Taberna de los Descalzos. Era día 2 de un mes cualquiera así es que veía hacia adelante largo tiempo de triste espera. De pronto un viejo amigo no visto de años atrás.

(Debo precisar un punto que honra a Malleco: jamás, durante el proceso, reveló la identidad de este amigo, lo que no ha permitido echar el guante sobre él).

Bien. Siéntanse juntos, corre la cerveza, las lenguas se desatan y el buen Rudecindo cree oportuno contar sus desventuras esperanzado ante un buen consejo. Y las contó. Creyó que el amigo iría a compadecerle, mas cuál no fué su sorpresa al ver que el otro no consideraba su debilidad como una desgracia. Por el contrario, le aseguró que así la cosa era mejor y que todo se solucionaba reemplazando cantidad por calidad. Y parece que hasta avanzadas horas de la noche le aconsejó, le aleccionó y le explicó con tal lujo de detalles, que Rudecindo salió de la taberna dichoso cual ninguno y convencido, plenamente convencido, que con inteligencia, con astucia, con malicia, con refinamiento, digamos, en fin, la verdad, que haciendo colaborar el cerebro, se alcanzaban goces insospechados, tan in-

tensos y duraderos que llenaban con holgura el medio mes de hielo.

Aquella misma noche, Rudecindo comunicaba a Matilde sus nuevas ideas y desde aquel preciso momento ambos pusieron a esperar llenos, pletóricos de voluptuosidad el día 15 de ese mes.

Vino el 15. Su espera fué coronada por el éxito. Ambos cerebros colaboraron con desenfreno y Rudecindo y Matilde alcanzaron el punto máximo de todas las delicias.

Desde aquel momento vivieron arrobados de placer. Sus vidas mismas se convirtieron en recuerdo y evocación.

Mas Rudecindo Malleco era, ante todo, una buena persona. Jamás el egoísmo había sentado plaza en su alma. Rudecindo Malleco, sintiéndose poseedor del secreto del amor, quiso compartirlo con sus semejantes. Con una ligereza excesiva empezó a contar a cuantos querían oírle que todo goce está en el cerebro y no fuera de él. ¡Mala cosa, mala cosa!

Si es verdad que a muchos la idea les parecía bien y la adoptaban para su uso personal y si es verdad que a otros aquello les entraba por un oído y les salía por el otro, no es menos verdad que a muchos, muchos, la cosa les parecía escandalosa, la juzgaban contra natura, la juzgaban práctica diabólica. Así es que pronto un susurro malevolente empezó a rodear al pobre Rudecindo. Oíanse cuchicheos, asomábanse las viejas a sus ventanas al paso del hombre por la calle, hablábase a media voz de corrupciones, de licencias, de negras degeneraciones. La opinión pública entró a manifestarse. En los periódicos hacíanse alusiones entre líneas. Al fin, el murmullo, el descontento fué tanto, que la justicia creyó de su deber tomar cartas en el asunto.

Una mañana dos gendarmes se presentaron en el domicilio del infeliz y le rogaron tuviera a bien acompañarles.

Las puertas de la prisión se cerraron tras el bueno de Rudecindo Malleco.

Se calculará el formidable escándalo que esto produjo.

Los enemigos de la cerebralización del amor cantaron gloria. Mas los amigos de ella pusieron el grito en el cielo. Y a las voces de los primeros que clamaban castigo al vicio, gritaban los segundos atropello a las libertades individuales. Pronto estos últimos juntaron suficiente dinero para darle al desventurado Malleco un abogado de primera línea, el joven y talentoso Felipe Tarapacá.

Apenas este hombre tomó la defensa del desafortunado Rudecindo las cosas se volvieron a su favor.

Alegaba Tarapacá:

—¿Por qué se ha apresado y encarcelado al ciudadano Rudecindo Malleco? ¿Qué falta se le imputa? ¿Son acaso los pensamientos lúbricos faltas que deben castigarse? ¡Pido a la Honorable Corte me cite un solo artículo de nuestro código o del de cualquier nación civilizada que autorice a la justicia su intromisión en los pensamientos de un ciudadano durante sus legítimos coitos! La justicia ejerce su poder sobre los hechos, nada más que sobre los hechos. Unicamente cuando hay un hecho que cae bajo sus garras, puede lanzar sus miradas sobre los pensamientos que lo originaron. Pongo por ejemplo, la premeditación. Es causa agravante si un hecho posterior la hace valer. Si el hecho no se produce, ella es inexistente. ¿Quién de nosotros y aun de vosotros, señores jueces, no se ha dicho para sus adentros al ver pasar a un enemigo: “¡Que le parta un rayo!”? Mas, como tanto nosotros como vosotros, seguimos nuestro camino sin provocar rayo alguno, la justicia no se entromete. Ahora bien, ¿de qué hecho se le culpa al ciudadano Rudecindo Malleco? Existen las pruebas fehacientes de que jamás mi defendido ha tenido relaciones con ninguna otra mujer más que con

aquella que la ley le dió. Si así no hubiese sido, la ley habría podido inmiscuirse por el capítulo de adulterio. Pero ni aun en este caso lo habría podido hacer por los pensamientos más o menos obscenos que hubiese tenido el culpado antes, durante o después del hecho. Entonces, me pregunto, señor Presidente, ¿por que se le guarda en prisión?

En fin, algo en este sentido alegaba Tarapacá, claro está que con una elocuencia y una profundidad en la materia, que ni por un instante voy a pretender reproducir. Lo que quiero decir, es que los jueces sentían que aquello se les convertía en una plancha, que nada podía justificar la prisión del desdichado, que los amigos de Malleco gritaban cada vez más alto sus teorías, que la masa de opinión pública indiferente viraba a su favor y que sus enemigos callaban sintiéndose sin apoyo alguno legal para ir en su contra. Total, y acortando, las puertas de la prisión iban a abrirse para el ciudadano Rudecindo Malleco.

Mas aquí se alzó vibrante y colérica le imponente voz del Arzobispo de San Agustín de Tango.

Alegó Monseñor:

—Si es verdad que el impío Tarapacá ha contemplado el caso del no menos impío Malleco desde el punto de vista de las leyes fabricadas por los hombres aquí abajo y que en ellas no ha encontrado sanción alguna para la culpa, más verdad es aún que el hombre no es sólo la ley por él mismo fabricada, sino que es la ley divina, es esta ley hecha carne, es el reflejo de la Ley de Nuestro Padre que está en los cielos. Y sabido es por todos los que no se arrastran en el fango de la impiedad y la ignorancia, que no sólo los hechos son pecados, sino que también debe ser pura nuestra conciencia y puro nuestro corazón. Así es que cualquier pensamiento inmoral, cualquier deseo, cualquier intención, por ocultos que estén a los ojos de los hombres, son

ofensa a Nuestro Padre y alabanza a Lucifer. Y yo os pregunto, hermanos míos, ¿es posible que a un hombre se le devuelva la libertad por no haber ofendido directamente a un semejante y haber, en cambio, ofendido a Dios? ¿No es esto proclamar, establecer que el hombre, vil gusano, está por encima de Aquel que le dió la vida? Y me pregunto aún más: si alguno de vosotros ofendiera a su propio y anciano padre, ¿no va acaso esta ofensa hasta todos sus hermanos? ¿Permitiría alguno de vosotros a un hermano escarnecer a su padre? Es, sin embargo, el triste, el lamentable espectáculo que la justicia humana se propone ofrecernos: aceptar de ese vil gusano las más abominables ofensas a nuestro Padre Común, a Nuestro Padre eterno. Hermanos míos, debemos unirnos todos para pedir que el impío y pecaminoso Malleco quede en prisión, ¡sea juzgado y sea castigado!

Debo hacer aquí la misma advertencia que hice para Tarapacá. Monseñor habló con una elocuencia y una profundidad en la materia, que yo en vano trataría de reproducir, pero, en fin, el sentido total de sus palabras fué, más o menos, el que dejo consignado.

Volvió, pues, el asunto a la justicia, en medio de la expectación general. Media ciudad aplaudía; media ciudad protestaba.

Pues bien, la justicia no dió su brazo a torcer. Se encastilló dentro del código, hizo ver que su misión no podía salirse de él y confirmó la liberación del ciudadano encarcelado.

Una mañana radiante, las puertas de la prisión se abrieron y apareció en el umbral, dichoso, el bueno de Rudecindo Malleco. Mas, apenas había avanzado tres pasos por la vía pública, rumbo hacia su Matilde adorada, acercáronse a él dos sacristanes que, colocándole las esposas, le rogaron tuviera a bien acompañarles.

Así fué cómo, cinco minutos después de haberse abierto ante él las puertas de la Prisión Legal de San

Agustín de Tango, se cerraban tras él las puertas de la Prisión Católica de la misma ciudad.

Y el segundo proceso empezó.

Fué su defensor Fray Benito del Crucifijo. Abreviaré, más bien. Este proceso no tuvo ni pudo tener mayores alternativas. La autoridad de los acusadores era aplastante para el dulce Fray Benito. Este mismo, en su fuero interno, culpaba al infeliz Malleco. El número de los acusadores era el de la totalidad menos uno, y este uno, como lo he dicho, lo culpaba también. Así, pues, limitóse la defensa a una oración pidiéndole a Dios clemencia para el hombre caído en pecado y, terminada esta oración, Rudecindo Malleco fué declarado culpable por la unanimidad.

Mas aquí, antes de procederse al castigo, hubo de formarse un concilio. Había que deliberar sobre el siguiente punto: ¿qué pena darle al culpado? Parece, según todos los rumores que se esparcieron por la ciudad, que por cada obispo había una opinión y que no se hallaba medio de llegar a un acuerdo. Al fin, se vieron obligados a pedir luces fuera del concilio mismo y aquí, sí, todos estuvieron contestes en ir a consultar al más santo, al más puro, al más sabio de la Iglesia entera: Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe.

Oyó en silencio a los obispos Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe. Luego sonrió beatíficamente. Luego se persignó. Por fin, bajando la vista recitó:

"Por tanto, si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala y échala de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno".

Regresaron los obispos. Después de las palabras de Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe, no subsistía duda alguna: el pecador tenía que ser amputado del miembro que le fué ocasión de caer.

¡Sí! ¡Muy bien! Pero, ¿cuál era este miembro?

Duró el concilio una semana más. Al fin se optó por ir a votación. Eran los votantes 88. Votaron por ser la cabeza la causa directa de la falta, 45. Basaron su voto en que, desde un comienzo, las palabras del Arzobispo habían sido en el sentido de que a ellos no les incumbían los hechos, ya que éstos habían sido tomados, arrebatados, mejor dicho, por la justicia humana, sino que los pensamientos que los originaban. En todo caso, 45 era la mitad más 1, así es que no había más que hablar.

Rudecindo Malleco perdería la cabeza en una plaza pública.

Apenas tuve conocimiento de la sentencia, me eché a andar por la ciudad entera tras amigos y conocidos. Después de mil idas y venidas logré conseguir dos entradas para asistir a la ejecución. Así es que ayer, muy de alba, muy, muy de alba, extremadamente de alba, mi mujer y yo, salíamos de casa y nos dirigiámos al sitio del suplicio.

Debo aquí anotar varias observaciones bastante curiosas. O tal vez no lo sean más que para mí debido a la ignorancia en que me hallaba. De todos modos, voy a ellas.

Cuando los obispos dijeron "plaza pública", me imaginé la cosa al pie de la letra, como quien dice, por ejemplo, la plaza de la Casulla aquí, o la Puerta del Sol en Madrid, o Trafalgar Square en Londres, o lo que sea. Verdad es que en Francia usan la misma expresión y que en París, al menos, la plaza es un bulevar, el de Arago, si mal no recuerdo. Debería haber pensado que en estas materias, plaza quiere decir cualquier sitio. Mas no lo pensé, así es que sentí una fuerte sorpresa al percatarme que el acto iba a ser ejecutado en un lugar que mucho se asemejaba a un circo: una pequeña barrera, butacas tras ella, y entre esa barrera y la de enfrente, una pista de aserrín. La única diferencia apreciable con un clásico circo era que la pista,

en vez de ser redonda, era larga y relativamente angosta.

Encontramos pronto nuestras butacas, nos sentamos cómodamente y seguimos examinando el lugar. Hacia la derecha terminaba en una puerta ancha y baja, abierta en mitad del muro, de la que arrancaba una escalera de piedra. De esta escalera yo, desde mi butaca, alcanzaba a ver unos ocho o nueve peldaños, no más. El dintel me ocultaba los restantes. Hacia la izquierda no sé cómo terminaba. No se me ocurrió mirar a tal lado o si miré — creo ahora que es lo más probable — no puse mayor atención en ello. Sea como sea, puedo afirmar que ese lado era muchísimo más oscuro que todo el resto. Junto a la puerta, en la pista, al pie, por lo tanto, de la escalera, habían colocado la guillotina. Yo las imaginaba — acaso por el terror que me inspiran — de proporciones gigantescas. No hay tal. En todo caso, la que habían puesto allí era diminuta. Otra observación que hice, y que me pareció de mucha delicadeza para con el infeliz Rudecindo, fué que las cuatro o cinco lámparas que iluminaban el local habían sido cubiertas con crespones negros.

Estaríamos allí no más de un cuarto de hora, cuando un rumor entre los espectadores me advirtió que se aproximaba el acto macabro. Miré hacia la escalera. Por ella, bajando, aparecieron las botas de un soldado. Las botas se detuvieron, una junto a la otra, en uno de los peldaños y a su lado se posó la culata de un fusil. Seguramente, pensé, ese soldado está allí para detener al público que va a aglomerarse escalera arriba. Pensé verdad. Un segundo después, en el peldaño siguiente, se colocaban dos gruesos zapatos con suela de clavos; luego unos botines acharolados; luego unas zapatillas de tennis; luego unos zapatitos de tacones empinados; luego... ¡qué sé yo!, toda una muchedumbre. Y seguimos esperando en silencio, hasta que llegó a mis oídos el chirrido de un resorte brus-

camente puesto en movimiento. Miramos todos encima de la puerta. Vimos entonces una ventanita minúscula que, junto con terminar el chirrido su más aguda tonalidad, abrió sus dos pequeños batientes golpeándolos contra las piedras del muro. Entonces asomóse por ella un pajarito de madera que dijo:

—¡Cu-cú!

Y volvió a desaparecer.

Fué el instante exacto de la aparición de Rudecindo Malleco. Llevaba camisa blanca, pantalones negros y las manos atadas a la espalda. Tras él, el verdugo vestido de igual modo y empujándolo suavemente con el índice de su diestra. A su lado un frailecillo, todo de negro, vivaracho, saltón, que hablaba y hablaba al condenado. Pude reconocer en él al dulce Fray Benito del Crucifijo, mas no logré oír lo que le decía. Mi mujer tampoco oyó. Llegaron a la guillotina en miniatura — digo yo, pues no me conformo con la idea de que no las haya mayores — y el pobre Rudecindo cayó de bruces. Y aquí permítaseme otra observación.

Las cosas ocurren en la realidad de muy diferente manera a la que se cuenta generalmente. Nosotros creíamos que habría junto a aquella máquina infernal, un solemne señor de levita y chistera, que, con gesto imponente apretaría un botón, en fin, lo que siempre se cuenta. Nada de eso. Fué el verdugo con sus propias manos quien cogió por lo alto la cuchilla y le asestó con ella de arriba abajo un feroz golpazo en el cuello al pobre diablo. Cayó el cuerpo de éste hacia el lado y, con gran estupefacción de mi parte, vi que seguía respirando, respirando fuertemente, como un atleta después de un violento ejercicio. Entre tanto, la cabeza había saltado lejos. El golpazo no había sido uno maestro; muy por el contrario, pues la cuchilla, si bien se cierto que había penetrado por la base del cráneo, había, en cambio, salido justo por encima de los ojos, los que, por lo tanto, habían quedado en poder del ajusticiado. O tal vez esto se deba al sentido mismo de la sentencia, que pedía la amputación de

la parte pecaminosa no más, en este caso, de la materia pensante. Si así ha sido, deberíamos felicitar al verdugo por su extrema habilidad.

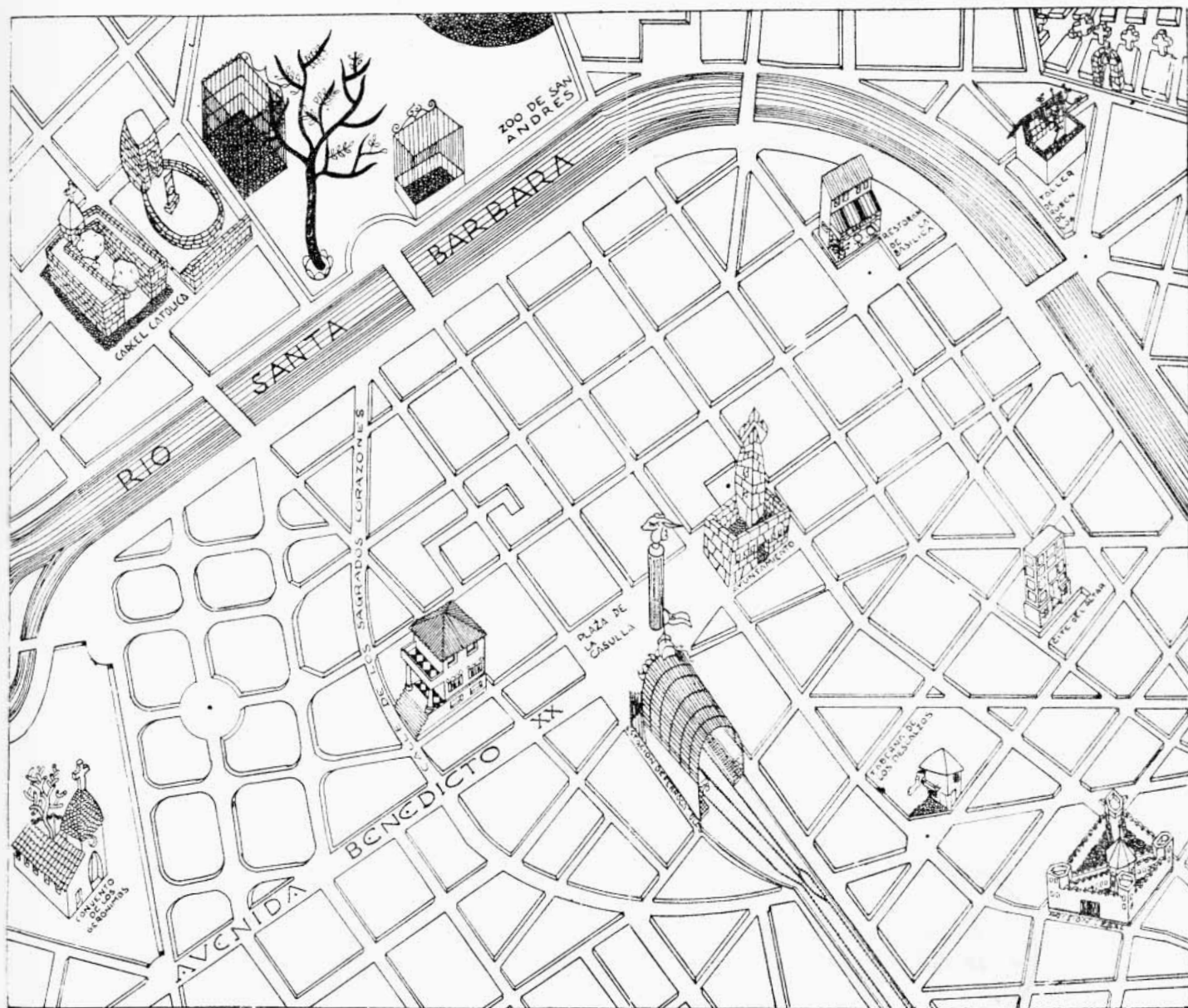
Lo que vino después fué un espectáculo algo grotesco y hasta penoso. Fray Benito, al ver rodar el pedazo de cabeza, corrió tras él, lo cogió como quien coge una cáscara de sandía y luego de examinarlo rápidamente, lo volvió a arrojar por tierra. Esto aprovechó Rudecindo para cogerlo a su vez y ponerlo donde siempre había estado. No ajustó perfectamente, no. Se veía con toda claridad el corte y el buen hombre quedó con ese aire algo ridículo de los que se tocan con un sombrero demasiado pequeño. Y siguió la cosa de mal en peor. Rudecindo, por tierra siempre — de seguro no tenía fuerzas para incorporarse — empezó a apostrofar al verdugo y no contento con esto, a amenazarle con los puños. Este, sin hacer mayor caso de tales amenazas, permaneció junto a la guillotina y sólo después de largo rato se volvió y avanzó hacia el otro, fingiendo — por broma, claro está, pura chanza — que aceptaba el combate a puñetazos. Mas el ajusticiado Malleco debió haber creído que en serio se le aceptaba el reto, pues se recogió de espaldas, como una bestia acosada y empezó a ejecutar con sus cuatro extremidades desesperados molinetes. El verdugo dejó caer las manos, alzó dos o tres veces los hombros y, riendo al público, volvió a su guillotina. Acto continuo, Rudecindo Malleco empezó a agonizar. Y dos minutos más tarde, fallecía.

Comencé a sentirme abatido. El peso de la sangre allí derramada, parecía caerme encima. Díjele entonces a mi mujer:

—¡Basta ya de ajusticiados, guillotinas y demás! ¡Vamos de aquí! ¡Vamos!

—Sí — me respondió — basta ya. ¡Vamos!

Y partimos por una puerta lateral que un groom elegantísimo nos abrió después de hacernos repetidas reverencias.



GABRIELA EMAR — SAN AGUSTIN DE TANGO

Salimos a la calle bajo un tiempo húmedo y gris. Nos quedaba aún por visitar el Zoo de San Andrés. Allá nos dirigimos.

Por sí, diré verdad, no lo encontré tan digno de la fama que posee, pues bien pocos bichos lograron atraer mi atención. Veamos: algo las catorce leonas, un poco más los monos y bastante, no lo niego, el avestruz. Mas, fuera de esto, todo el resto me dejó totalmente indiferente.

Las leonas tuvieron su interés principalmente por el rol que una de ellas pronto iría a jugar, pero también por la completa uniformidad que todas tenían en sus movimientos, como si fuesen movidas por un resorte único, oculto a nuestros ojos. Al pensar en la posibilidad real de este resorte, tuve que pensar en la presencia de alguien junto a él para imprimirle los movimientos iniciales, que luego se verificarían en las leonas, y, al hacerlo así, vinome espontánea, clavada, la siguiente frase:

“Catorce leonas movidas ocultamente por un resorte oculto movido por el león”.

Acerqué los labios al oído izquierdo de mi esposa y le murmuré dicha frase. Me miró ella con el rabo de un ojo y a su vez me murmuró:

—Literator.

Como fuese, aquella uniformidad llegaba a lo majestuoso. Así, al arrimarnos al foso que circundaba el vasto espacio que se les tenía reservado, las catorce leonas dormían, sea por tierra o sobre peñascos, sea encaramadas en los árboles, dormían, digo, en idéntica

tica pose. Pasado un minuto, todas movieron la cola una vez no más. Pasó otro minuto y se estiraron bostezando y mostrando las garras, hecho lo cual se levantaron y se sacudieron como los perros lo hacen al salir del agua. Entonces, bruscamente, volvieron sus cabezas hacia nosotros y nos miraron con total, con petrificante fijeza. Aquí se produjo un hecho curioso. Hasta ese instante el Zoo había estado lleno de ruidos diversos provenientes de los demás animales, de las aves, del viento en los árboles y aun de la ciudad contigua. Ruidos humanos no los había, pues sólo mi mujer y yo estábamos allí. Pues bien, junto con mirarnos todas ellas cesó todo ruido, aun el más infimo murmullo y cayó sobre nosotros un silencio absoluto, negro, que nos paralizó. Con este silencio, pudieron los veintiocho rayos de esos ojos atravesarnos el cuerpo entero con tanta facilidad y agudeza que sentimos de arriba abajo, cada uno de nosotros, catorce dolorcillos finos, estridentes, que nos perforaban para ir a clavar-se en el suelo, muy atrás. Aquello empezó a hacerse intolerable.

—¡Vamos, vamos! — dijele a mi mujer—. Si seguimos así, van a quedarnos en la sangre, circulando, varios pedazos de miradas de leonas y ello no es posible, pues aún tenemos, mitad mía, muchas cosas que hacer en esta vida.

—Es verdad — me respondió—. ¡Vamos!

Huimos inquietos, asustados casi. Sólo al llegar al foso que nos separaba de los monos, pudimos recobrar la calma. Al centro del sitio reservado para éstos, habían elevado un peñón alto, muy alto y escarpado por el cual subían, bajaban, saltaban, corrían cientos de monos del género de los cinocéfalos, aunque me parecieron algo más pequeños que los ya vistos por mí de dicho género. Parecían satisfechos de hallarse allí. Los

había que, entre brinco y brinco, devoraban precipitadamente puñados de maní; otros se peleaban un instante; algunas parejas se acoplaron; en fin, la vida habitual de tales bichos. Recuerdo uno que se sentó de frente hacia nosotros, dignamente, luego volvió de perfil su cabezota de perro y orinó con profusión.

El día seguía gris y oscuro. Nos aprontábamos para seguir nuestro paseo cuando un rayo de Sol se abrió paso por entre las nubes y vino a bañar con su luz el peñón entero. ¡Qué espectáculo magnífico, espléndido, pudimos entonces contemplar! Los cientos de monos se detuvieron abismados mirando el Sol y, abriendo desmesuradamente sus hocicos, lanzaron por los aires un cántico soberbio.

Era una sola nota, una sola, mas que se mecía en forma blanda como una montaña rusa, que al subir a sus más altos puntos hacía se aguda, chirreante, salvaje. Entonces los monos, apoyados en sus patas, alzaban al Sol sus brazos. Luego, cuando esta nota bajaba a su punto máximo, el son producido era cavernoso, era un rodar de piedras subterráneas. Y los monos, en este instante, hallábanse en cuatro patas, las que movían como resortes haciendo temblar rápidamente el cuerpo. De allí empezaba otra vez la ascensión, larga, larga, empezaban esos seres a erguirse y a nosotros nos parecía que manos velludas e invisibles nos suspendían por los aires. Y después de un momento en la extrema punta estridente, ¡hacia abajo!, ¡hacia abajo!, en camino largo también. El Sol brillaba. Ahora hacia arriba otra vez. Ahora hacia abajo.

Mi mujer me golpeó con el codo y luego, indicándome con los ojos a los monos, me hizo entender que hiciese como ellos y ella. Mi mujer cantó. Una voz redonda y azul de contralto, un tubo de terciopelo suave, es la voz de mi mujer. Paralelo, exactamente paralelo a la suerte de montaña rusa que ejecutaban las voces de los cinocéfalos, pero una tercera más baja, puso ella su tubo ronco y dulce. Y montaña y tubo entonces, partieron a caracolear por los ámbitos jue-

teando con el rayo de Sol en magnífica armonía. Yo quedábame arrobado ante los mil cinocéfalos con mi mujer bajo ellos en una nota interminable. Pero un segundo codazo me llamó a mi deber. Aspiré profundamente, me repleté los pulmones de aire fresco, sí, muy fresco, mas al que, con cierta sabiduría, hice mezclarse un poco de emanación de mono y un poco de perfume de mi compañera de la vida. Entonces, así, me enredé en la soberbia nota y, aguzando la garganta, logré emitir una quinta mas alta que los monos, ayudado por mi límpida voz de tenor. Y todos nos mecimos en nuestras vibraciones por los aires: ellos, cogidos los unos a los otros en su montaña rusa; yo, más alto en mi voz plana de plata; abajo, cimentándolo todo, ella, en el terciopelo azul de su tubo sereno.

Bajamos. Tanto mejor para mí que iba arriba. Mas el temor por ella empezó a llenarme. ¡Vano temor! ¡Oh, santa mujer mía! ¡Mi admiración por ti queda aquí estampada! Con soltura increíble, cuando los mil bichos arrastraban un formidable rodar de piedras subterráneas, cuando yo mismo me hallaba sumergido a centenares de metros bajo tierra, ella, mi mujer, desafiándolo y rompiéndolo todo, había bajado siempre en el mismo compromiso de mitad de camino de cuando empezó a cantar, de modo que a ese infierno de los monos, a esa arcilla mía, agregó el deslizamiento majestuoso de unas aguas profundas que nunca han visto la luz del Sol y que se vacian en las entrañas de la Tierra por bóvedas que ninguno de nosotros podremos ver jamás, mas que ella nos revelaba haciéndonos escucharlas.

Empezó una nueva ascensión. Llegamos a flor de tierra. Subimos. Ahora me inundaba mi propio temor. Los monos alcanzaban fácilmente hasta la más aguda estridencia. Semejantes alturas, no creo haya garganta humana capaz de desafiárlas. ¡Qué decir de la mía! Empecé a temblar como un niño. Mas no había defensa alguna. Yo iba arriba, en la punta, encandilado por el Sol, tajeado el cutis con los cuchillos

finos del aire frío en nuestra prodigiosa ascensión. Y sentía a mis espaldas el pitido aguzante de las mil gargantas de los cinocéfalos que me empujaban sin piedad. Y atrás, muy atrás, allá en la desesperanza, oía el rumor de la voz profunda de mi compañera, lejos, lejos de mí. Pero una vez más en mi vida, vino ella generosa a prestarme auxilio. Mi voz hallábase en su extrema altura. Ya las otras, al empujarme, empezaban a pincharme ante mi resistencia involuntaria. Entonces ella me hizo ver su nota y luego la de los monos. Y por fin — aquí estuvo mi salvación — el espacio que quedaba entre ambas. Un ligero guiño de sus ojos me pidió que, sin vacilar más, me lanzara de aquella altura a ese espacio mantenedor de la armonía. Mas, ¿cómo hacerlo? ¿Habría sitio allí para mí? O al querer meterme dentro, ¿no lo haría estallar todo en la más crujiente destemplanza?

No. Era tan sólo cuestión de aguzar y afinar de otro modo mis oídos y las tres voces entonces aproximadas a la mitad de la distancia primera, con mi mujer siempre abajo, yo agazapado al centro, los monos en la cúspide, las tres voces seguirían en otra armonía, en otra existencia, trepando hacia el Sol.

No hubo más que decidirse. Lancé hacia abajo mi voz plana de plata; chocó con las mil puntas agudas que subían; prodújose un chasquido breve de metal golpeando al mar y, en mi caída alcancé casi los azules tubos del terciopelo de mi amada. Mas pronto ella, ayudándome y yo, además, guiado por la nueva conformación de mis oídos, pude encontrar para mi voz la justa posición y sin temor ya, reconfortado atrás por ella, protegido adelante de los cuchillos fríos del aire por los monos, seguimos, en una armonía jamás oída, seguimos embelesados, absortos, hasta el punto más allá del cual no hay música ni sonidos aislados, individuales diría, como eran los nuestros, pues todo, toda existencia era una sola y absoluta música.

Una nube pasó. Se fué el Sol. De aquellas fantás-

ticas alturas nuestras voces se desplomaron como pájaros heridos. Se desplomaron, cayeron y muertas desaparecieron por nuestras gargantas adentro. Enmudecimos en el nuevo gris.

Muchos monos orinaron. Algunos se batieron. Una pareja se acopló. Otros devoraron puñados de maní.

—¡Vamos! — le dije a mi mujer—, ¡vamos! ¡Basta ya de cinocéfalos!

—Sí, basta — me respondió—. Vamos.

Al fondo de altas palmeras se paseaba para allá, para acá, hacia un lado, hacia el otro; se paseaba digno, magnífico, un fuerte y hermoso avestruz.

A pesar de su fortaleza y hermosura, pensamos seguir nuestro camino. Me hacía yo reflexiones, más o menos, en este sentido: "¿Qué puede importarme a mí un avestruz? Su contemplación acaso me agrade, acaso hasta me entusiasme. Mas, ¿por qué puede, un ave de esa naturaleza llegar a entusiasmar a un hombre como yo? ¿Por qué? ¿Por qué?" Y esta pregunta mía sonaba lúgubre en el vasto jardín. Era preferible seguir. Detenerme, era formularla nuevamente, formularla era devanarme los sesos hasta hallar respuesta. ¡Oh, cuántas sombrías meditaciones vi amenazarme en mi futuro con sólo dejar caer dentro de mi alma una gota de entusiasmo frente a aquel magnífico ejemplar! Tendría desde entonces para adelante, que consagrar todos mis instantes de reposo, todos mis instantes de distracciones, todos mis instantes de lecturas y estudios, todos mis instantes de amor y voluptuosidad, tendría que consagrarlos todos al descubrimiento de la solución de este problema: "¿Qué sucede en el fondo del hombre, qué subconciencia se despierta, qué ecos remotos de Dios, antes de la creación, qué mensajes del porvenir en Dios, después de la creación, se remueven dentro de ese hombre, de modo que brote

la chispa del entusiasmo al paso balanceado de un avestruz?" Comprendía que las garras de la abstracción me cogerían y nunca más volvería la suficiente paz a mi pecho para poder vagar sin peso por las calles, comer con apetito y dormir lado a lado con la cara mitad de mi alma.

Había que seguir nuestro camino.

Mas en aquel mismo momento tronó por los ámbitos un grito de horror.

—¡La leona! ¡La leona!

Yo exclamé:

—¡Socorro!

Mi mujer:

—¡Jesús!

Alcancé a advertir — yo que creía desierto el Zoo — miles de humanos seres, que corrían frenéticamente poseídos por el pánico. Hombres, mujeres, ancianos, niños, soldados, frailes: era una desbandada eléctrica, mientras de un extremo, aumentando en amplitud, venían los espantosos rugidos de la leona escapada.

Nosotros, petrificados por el terror, no nos movíamos. Mas de pronto, vi pasar contra el cielo como un proyectil, por encima de los árboles, a la terrible leona en un brinco formidable.

Hasta aquí mis recuerdos nitidos.

Ahora vino un punto obscuro del que nada sé. Mi mujer tampoco. Y apareció otra vez la nitidez de mis percepciones.

Estábamos en la extrema punta de un olmo gigantesco, mudos, pálidos, temblorosos. Cómo trepamos hasta allí, qué fuerza y qué destreza nos impulsó... Ya lo digo, no lo sé ni mi mujer tampoco.

A nuestro alrededor hasta pérdida de vista, corrían y corrían los hombres, las mujeres, los ancianos, los niños, los soldados y los frailes. Por los cielos descendía, garras y dientes al aire, la leona. A nuestros pies, impertérrito, digno, magnífico, seguía su danzante paseo el hermosísimo avestruz.

Este, no, sido el momento de mayor expectación,

de mayor tensión que hayamos experimentado mi mujer y yo. Pues la curva de descenso de la leona, pude calcularlo, venía a caer en los dominios del ave.

Así fué. Cayó la leona. Se detuvo el avestruz. La una frente al otro. Habría entre ellos no más de quince metros.

¡Oh, mujer amada, mujer mía! ¿Por qué he de amarte de tan entrañable manera?

Y ocurrió la cosa, la espantosa cosa.

No todavía, porque antes de ocurrir, la leona se agazapó, balanceó la cola con brusquedad, aplanó las orejas, frunció los ojos, mostró los dientes, gruñó como un volcán y repitió todo ésto múltiples veces.

Consecutivamente el avestruz, ante tales expresiones de horror, no hizo más que alargar graciosamente su cuello hacia arriba y esperar con los ojos entornados.

¡Esperar!

Palabra de los infiernos para mí y para mi esposa, no para mujeres, hombres, ancianos, niños, soldados y frailes, que seguían enloquecidos su correr, correr, correr.

Esperamos... Depende según los cronómetros o según nosotros mismos.

En fin, esperamos en ese instante todos los manvatharas de que aún nos constan nuestros ciclos, nuestros sistemas y lo que siga.

Cuando de pronto ocurrió la cosa, la espantosa cosa:

La leona entigrecida atacó.

Atacó lanzando otro brinco formidable. Junto con lanzarlo y elevarse, las hojas del olmo gigantesco se estremecieron murmurando, los mosquitos albergados en ellas emprendieron el vuelo y sobre el mundo entero todos los aviones existentes decollaron en soberbias montadas verticales.

Entonces la leona empezó a ejecutar por los aires su fatal semicírculo que iría justo a terminar sobre el ave despedazándolo y triturándolo.

El semicírculo por trazarse se trazó; el semicírculo cumplió su destino: la leona vino a dar contra el ave.

Aquí, ruego al lector seguirme con atención. Aconteció lo siguiente. Pero antes debo explicar lo que habría acontecido si no hubiese acontecido lo que aconteció; es decir, si el avestruz hubiese permanecido inmóvil. Si así hubiese sido, la leona, gracias a la precisión del semicírculo, hubiese caído de pleno sobre él y, al caer, lo hubiese destrozado en un instante. Pero, no fué así. He aquí lo que aconteció:

Cuando el extremo de las garras delanteras de la leona se hallaron precisamente a 37 centímetros del extremo del pico del avestruz, éste ejecutó un rápido paso hacia la derecha. Mas este paso tuvo algo de muy peculiar. Si yo supiese dibujar, dibujaría un avestruz tal como se hallaba antes del paso a la derecha y luego, en el mismo dibujo, dibujaría con línea de puntos la posición del bicho después del paso. Desgraciadamente no sé dibujar. Mas, repito, si hubiese sabido dibujar, se habrían visto en el dibujo dos cuerpos de avestruz, uno al centro del papel, otro al lado, a la derecha, y, por ende, cuatro patas del mismo. Hasta aquí nada de peculiar. Pero sigamos y vendrá la peculiaridad. Tanto cuerpos como patas estarían separados, nítidamente separados, como si se tratara de dos ejemplares diferentes. Pero, no así los cuellos ni me nos aún las cabezas. El cuello del primer avestruz estaría recto hacia arriba, es decir, perpendicular al cuerpo, en cambio, el de la derecha, se inclinaría en un ángulo de 45 grados hacia el primer cuello, de modo a venir a enchufarse en él más o menos en la mitad de su longura. Por consecuencia, habría dos medios cuellos inferiores, pero uno solo superior y una sola cabeza. En otras palabras: el avestruz lanzó hacia la derecha ambas patas, las que trajeron consigo el cuerpo, parte únicamente del cuello, y la cabeza no la movió, la cabeza quedó en su mismo sitio. Como se comprenderá, si he logrado explicarme con claridad,

patas, cuerpo y parte inferior del cuello salieron del campo de trayectoria de la leona, mientras parte superior del cuello y cabeza quedaron en dicho campo. En aquel instante, ante el espectáculo que presenciábamos, quise decirle a mi mujer:

—El movimiento lateral del avestruz me ha recordado con mucha precisión el movimiento que a Belmonte le vi ejecutar frente a un toro de Veragua, el 8 de mayo de 1920, en la plaza de Zaragoza, pasadas las 4 y 31 minutos de la tarde y antes de la 4 y 32, estando yo en compañía de Lucrecia, la bella Lucrecia, pues fué también un paso a la derecha, todo él cambió de sitio, pero no así ambas manos ni la capa que quedaron en la trayectoria del toro.

Tal pensé decirle, pero el tiempo me faltó ya que yo seguía formulando mis pensamientos y recuerdos con la velocidad habitual y lenta de los ciudadanos de San Agustín de Tango en el día de ayer, que era la misma habitual y lenta velocidad de anteayer, de hoy y de mañana, de todos los siglos sucedidos desde Adán y de todos los que quedan por suceder hasta que el último se consuma. En cambio, el espectáculo presenciado y evocador de mis recuerdos, regíase por velocidades insólitas, no velocidad de humanos, sino velocidades de leonas aceleradas y, sobre todo, enfurecidas, velocidad multiplicada y seguramente multiplicadora de cuanto existe, planetas girando, constelaciones en movimiento, Universo todo, salvo nosotros dos, pobres seres en la punta de un olmo detenido, pobres seres a la igual de cuantos hay y penan sobre esta Tierra. Sí, señores, de todos cuantos hay, pues ya habían parado en su correr enloquecido, hombres, mujeres, niños, ancianos, soldados y frailes y ya los magníficos aviones universales habían verificado sus respectivos ascensos y volaban ahora planeando como cisnes sin objetivos.

Los 37 centímetros se verificaron. Entonces, al primer contacto con la fiera, el avestruz abrió desmesuradamente el pico y nosotros, atónitos, con los ojos des-

orbitados, pudimos contemplar desde nuestro observatorio, el hecho más asombroso que hayamos nunca contemplado. El avestruz, repito, abrió desmesuradamente el pico, como jamás yo hubiese pensado que un avestruz pudiese abrirlo y la leona, la terrible leona, precipitada como el destino, se precipitó dentro de él y en un milésimo de segundo desapareció.

Desapareció pico adentro, desapareció. Ya sin leona peligrosa, mi mujer y yo bajamos del olmo y fuimos a colocarnos junto a la fosa que delimitaba los dominios del ave. Entonces pudimos presenciar la continuación de la extraña contienda.

Junto a la garganta del avestruz formóse una gran bola. Permaneció inmóvil un minuto y luego, lentamente, empezó a descender a lo largo del codo con repetidos sacudimientos. Estos sacudimientos me evocaron los que haría un gato enfurecido debatiéndose en una bolsa de gelatina.

Se lo comuniqué a mi mujer. Ella posó sobre mi entrecejo una mirada interrogativa. Y con razón, con cuanta razón, pues no creo que exista el mortal que haya presenciado a un gato enloqueciéndose dentro de una bolsa gelatinosa y, de existir tal mortal, puedo asegurar que no soy yo. Y esto mi mujer lo sabía. Además, si es verdad que existe un cercano parentesco entre una leona y un gato, no lo es menos que no hay ninguno entre la tal bolsa de gelatina y un largo codo de avestruz cubierto de plumas, por muchas bolas que en él se formen. La muda interrogación de mi mujer era, pues, doblemente justificada. Mas, ¿qué podía yo hacerle? Aquello era, me era, si se quiere, un gato aprisionado en gelatinas debatiéndose con desnudo. ¿Es culpa mía? Contesté a su mirada interrogativa con una súplica de perdón. Ella entonces quitó sus ojos de mi entrecejo y volvimos ambos a fijarnos en el ave.

Bajaba la leona muy lentamente. A veces, a través del plumaje, adivinábamos sus cuatro miembros y su hocico en desesperada lucha por perforar el tubo que

la aprisionaba y la aspiraba. ¿Lo logrará? ¿No lo logrará? Eran las preguntas que nos hacíamos, cuando, de pronto, ninguna duda pudo cabernos al respecto: ¡No lo logrará, no! Pues, si alguna posibilidad tuviese la pobre bestia de llevar a buen término su tarea, es indudable que el avestruz se habría percatado de ello y en todo su rostro habríase retratado una expresión de temor, en todo caso de inquietud. Y no hubo tal. Muy por el contrario. Junto con producirse el décimo quinto sacudimiento en mitad del cuello, el ave sonrió. Luego, al décimo sexto, su sonrisa se trocó en una risilla suave, entrecortada, nerviosa. No cabía duda que los esfuerzos de la fiera causábanle por dentro un ligero cosquilleo. Y ninguna duda podía haber tampoco de que dicho cosquilleo iba en aumento, pues, ya a la décima octava sacudida, el ave reía, reía, de buena gana y ya a la vigésimaprimera, sin poder contenerse más, prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

Ante tal espectáculo, la que es la esposa de mi corazón, no pudo tampoco contenerse y ¡ja, ja, ja!, lanzó por los aires sosteniéndose las costillas con sus manecitas de mármol delicado. Y al ver cómo ambos, el bicho y mi amada, reían, solté a mi vez por los ámbitos la más estruendosa, la más formidable carcajada que jamás humano alguno haya soltado.

Aquello fué estupendo. Reímos los tres sin retención posible, revolcándonos por el suelo, lanzando unos que más parecían aullidos que risas, apretándonos la boca del estómago con ambas manos nosotros, el ave con sus patas, derramando copiosas lágrimas, reímos atronando los aires, reímos, nos ahogamos, pataleamos amarrados, envueltos, rodando en el mismo infernal y delirante regocijo.

¿Cuánto rato? ¡Vaya uno a saberlo! Si no teníamos más conciencia que de nuestro reír. Lo único que sé es que al llegar la bola con la leona dentro a la base del cogote, prodújose una última sacudida y la bestia pasó al cuerpo propiamente tal del ave. Y... silencio. El bicho se serenó, se sentó sobre sus grandes

patas quedando inmóvil y plácido como una meditación. Nosotros fruncimos entonces nuestros labios y dignos también, esperamos.

Las manecillas de los relojes recorrieron un cuarto de esfera en medio de la quietud total del mundo.

La campana cercana de los Jerónimos, con un toque cobrizo, rompió, hendiéndola, la quietud. El ave entonces estornudó. Luego estornudé yo. Por fin mi santa mujer cerró el ciclo de los estornudos, estornudando a su vez.

Y la vida siguió.

Vino aquí otra faz de tan extrañísima refriega. El avestruz se colocó en una curiosa aunque conocida postura.

—Va a defecar — murmuré quedamente en un timpano de mi esposa.

—Silencio — me respondió.

Y, sin ni siquiera ponernos de acuerdo, tomados del brazo, nos pusimos en marcha, de modo a colocarnos justamente detrás del ave, es decir, justamente frente a su cola.

Y volvimos a esperar.

Nuestra espera fué pronto recompensada. Las plumas traseras se agitaron un momento y luego se abrieron cual magnífica flor. Entonces el círculo que apareció empezó a dilatarse y nosotros, con indescriptible alegría, vimos aparecer de dentro la punta del hocico de la leona. Y fué saliendo, resbalando hacia fuera. Vimos su nariz, sus ojos — cerrados en un comienzo, pestañearon y se abrieron—, su frente, sus orejas, su cuello. Nosotros experimentábamos la sensación ante el astro rey surgiendo en esplendorosa madrugada. Mi mujer aplaudió con vehemencia.

Al chasquido de sus manos, la leona se impuso de nuestra presencia y nos proyectó una iracunda mirada. Yo entonces le hice una morisqueta y mi esposa le sacó la lengua. Ello bastó para acrecentar su ira pues acto continuo empezó a hacer esfuerzos para sacar sus hombros y sus miembros delanteros. Mas el

avestruz velaba. Al sentir que su presa podría escaparse, frunció su anillo fuertemente, tanto, que la fiera exclamó:

—¡Iiiii!

Pero insistió a pesar del dolor. Pero, el otro insistió también. Lo que presenciábamos entonces fué sencillamente horripilante. Helo aquí:

La leona, gracias a sus inauditos esfuerzos, salía, con lentitud, sí, pero salía. El avestruz, gracias a los suyos, inauditos también, iba, con la presión de su esfínter, reteniéndole dentro la piel. Así es que nosotros veíamos aparecer poco a poco una leona de cabeza normal de hermosa piel, mas que a partir del cuello era desollada, espantosamente desollada. Y sacó una mano, luego la otra, como quien sacara una mano húmeda de un guante felpudo, o más bien —si fuese visto por dentro del ave — como quien presionara la cáscara abierta de una banana madura y fuese expulsando su carne aromática. ¡Qué horror! De este modo salió su tronco todo, de este modo, sus miembros traseros. Y allí se plantó retenida únicamente por la cola. Entonces hizo un esfuerzo supremo: con un latigazo sonoro, agudo, logró desprenderla y nosotros tuvimos ante nuestros ojos la más espeluznante y macabra leona que concebir se pueda. Goteaba sangre de todo su cuerpo y estas gotas, al caer sobre el césped, producían un lejano murmullo de llovizna matinal. Luego cubríase de sudor, un sudor glauco que hacía aparecer por momentos envuelta en una capa de celuloide. Mas, este sudor se desprendía de pronto explotando y sonando como un remo que cae de plano sobre la superficie de un mar en calma. Y volvían las gotas y volvía el sudor y todo el tiempo la pobre bestia miraba al cielo. Hasta que, por fin, y sin más, echó a correr como una loca. La vimos perderse entre el follaje, vimos perderse su cuerpo sanguinolento. Entonces, al desaparecer el último extremo de la cola, trajimos arrastrando por la huella de sangre glauca quedada tras su correr, trajimos, digo,

nuestras miradas hasta el traste del magnífico avestruz.

Habiase cerrado y el bicho miraba distraído revolotear los pajarillos. Mas luego, al divisarnos, nos guiñó un ojo. Nos detuvimos. El ave entonces volvió hacia atrás su largo cuello, introdujose el pico, cogió la piel de su víctima y con admirable maestría la sacó. Luego la extendió por tierra, con sus dos grandes pezuñas la aplanó debidamente y acostándose a lo largo de una mitad se cubrió hasta las narices con la otra y cerró los ojos. Un minuto más tarde dormía profundamente.

Miré entonces a mi mujer y ella me miró.

—¡Vamos! — le dije—. ¡Vamos! Basta ya de leonas y avestruces.

—Sí — me respondió—, basta ya. ¡Vamos!

Los Jerónimos broncinos anunciaron el mediodía.
Sentimos hambre.

Nos dirigimos al restorán de la Basílica, el más inmediato, y nos sentamos a la mesa.

Mi mujer pidió:

Pato escabechado.
Cazuela de cordero.
Prietas con puré.
Lúcumas a la crema.

Yo pedí:

Arrollado de chanco.
Caldillo de congrio.
Cochayuyo con cebolla.
Picarones en chancaca.

Luego ambos coincidimos en el café.

—¿Pagaste? — preguntó.

—Pagué — respondí.

—¿Nos vamos, entonces?

—Nos vamos.

Y nos fuimos.

Las nubes que hace algunas horas se habían abierto un tanto para hacer cantar a los cinocéfalos, a mi mujer y a mi; que luego se habían cerrado para hacernos callar; que después se habían transparentado para dar una luz clara, aunque tamizada, a la feroz refriega; que por fin se habían retirado durante el almuerzo para ayudarnos a englutir nuestro menú al son de dorados rayos; ahora se habían nuevamente apesantado y oscurecido y destilaban una niebla confusa que hacía de San Agustín de Tango una urbe inhospitalaria, pegajosa y azul.

Marchábamos dificultosamente asustándonos con las siluetas de los faroles. ¿A dónde ir? Seguíamos por momentos a algún transeúnte cualquiera hasta que un autobús o un tranvía ponía, al detenernos, demasiada niebla entre nosotros y él, y lo perdíamos. Doblábamos después alternativamente a derecha e izquierda tras algo, tras cualquier cosa. Pero nada. ¿Adónde ir?

Cuando, de pronto, una idea: ir al taller de nuestro amigo el pintor Rubén de Loa, calle de la Inmaculada Concepción.

Allá nos encaminamos.

El taller de Rubén de Loa se halla en el segundo patio, piso bajo, de un edificio más bien sombrío. Su gran ventanal recibe la luz colada por enredaderas de hojas constantemente movedizas. Las hojas hacen verde la luz. Los cristales esmerilados hacen acuario el verde.

Allí nos metimos.

Rubén de Loa pintaba. Por lo demás, hace 24 años a que Rubén de Loa pinta sin cesar. Al vernos por encima de su tela, vino hacia nosotros. Nosotros, por cortesía, avanzamos hacia él. Y los tres ejecutamos movimientos natatorios, elevándonos suavemente del suelo y volviendo a él al ralenti.

Nos ofreció asiento. El se sentó ahí; mi mujer aquí; yo al frente, entre ambos. Le dije:

—Tu taller es demasiado verde, Rubén de Loa.

—Verdoso — corrigió.

—Acuático — subrayó mi esposa.

Callamos fumando los tres.

Entonces, por entre las volutas de humo, me puse a examinar al viejo y querido amigo.

Su gran cabellera negra se veía, a causa del reflejo de las enredaderas, como pasto otoñal poco regado. Conservaba intactas sus facciones de jaguar. Su cutis seguía terso. Ciertó que es joven aún. Tiene 31 años, puesto que hace 24 a que pinta y que pinta desde los 7. Su mirada era en un 90 % para adentro. El 10 % restante, al desparramarse, era algo hueco y muy bondadoso. Fumaba pipa como conviene a un pintor. No estornudaba ni tosía. Sólo cada cuarto de hora decía:

—Vaya, vaya, vaya.

A lo que yo respondía:

—Sí, señor.

Y mi mujer:

—Así es la cosa.

Al cabo de una hora, Rubén de Loa púsose a mirar a la que es mi mitad. Lo imité. Veíase ella transparente como un pequeño sepulcro. Su cabellera castaña — en las calles de San Agustín de Tango — al mezclarse aquí en lo verdoso, estuvo a punto de producirme náuseas. Mas no así al viejo y querido amigo que la miraba siempre y la codiciaba.

Me puse entonces a mirar mis manos para ver algo vivo también de mi persona en el taller. Sufrían a su vez la influencia del ventanal, lo que me indujo a sumirme en la más honda meditación sobre la muerte.

Mi meditación no era cortada más que, muy de tarde en tarde, por los "Vaya, vaya, vaya" del amigo y por los "Así es la cosa" de mi mujer. Hasta que volviendo en parte a la vida, me pregunté:

—¿Qué cosa es así?

Pensé que no podía ser otra más que la pecaminosa codicia de Rubén de Loa. Juzgué entonces oportuno

cambiar de tema. Ataqué directamente el arte de bien pintar, diciéndole a mi amigo:

—Vas por mal camino, Rubén de Loa. (Al hablar así, ni un instante, ni aún dentro, dentro de mí mismo, me referí a su codicia pecaminosa. Fué una frase sincera y dirigida directamente a su arte, mejor dicho a la atmósfera en que se desenvolvía, pues, a decir verdad, nada todavía nos había mostrado de su obra y la última tela suya que había visto databa de cinco años. Hablábale, pues, de la atmósfera, quede ello en claro).

—Vas por mal camino, Rubén de Loa, pues vives y laboras en una atmósfera artificial. No puede llevar a buen fin lo que se haga exclusivamente bajo la influencia del color verde. Si esto, más que un taller, es el interior de una selva, ¡más aún!, es como nos imaginamos, sobre todo de niños, el interior de una selva. He pasado sorprendido toda esta larga hora con el silencio de aquí dentro, pues a cada momento esperaba oír el canto de los guacamayos, el ladrido de la comadreja overa y los silbidos del oso hormiguero. ¿Puede hacerse pintura de este modo?

—No hay peligro — respondió Rubén de Loa—. Desde luego, esto no es verde y nada tiene que ver con la selva. Esto es de un verde grisáceo, mejor dicho de un gris verdoso y de selva no tiene más allá que el tono del eucalipto nuevo, verde apenas, apenas. Y este tono, en su ponderación, tiene tantos derechos a la vida como el bronce de los días asoleados o el violeta de las tempestades.

—Transijamos, amigo mío — proseguí—. Tu gris verdoso, no puedo aceptarlo. Transijamos con un verde grisáceo, advirtiéndote que la última palabra sobre el particular, me la reservo. Pero, en fin, he transijido. ¿Por qué no transijes tú también un poco?

—¿De qué modo? — me preguntó con indiferencia.

—Cortando las hojas de la enredadera que se transparentan a través del ventanal.

Rubén de Loa lanzó una risa despectiva y me preguntó:

—¿Que te has vuelto loco?

Esperó un minuto y luego, con tono confidencial, nos dijo, mirando alternativamente a mi mujer y a mí:

—Yo soy un solitario. No tengo esposa ni hijos ni parientes ni amigos. No tengo vicios. Si fumo, es por costumbre, pero no por placer. No voy a los teatros ni a los cines. No tengo amores ni con mujeres ni con hombres ni con bestias ni con objetos. Y trabajar me es duro, trabajar me hace sufrir. Así, pues, no conozco el placer. Exajero. No conozco más que uno solo, uno solo y nada más. Y éste me lo proporcionan justamente esas hojas transparentes que tú me pides cortar. Ponte aquí. (Luego a mi mujer). Señora, póngase usted aquí. (Luego a ambos). Miremos las hojas. Verán ustedes que sus formas y sus sombras al moverse con la brisa, dejan de ser hojas para ser variadísimas clases de peces nadando silenciosos en un vasto y verde acuario. Vean ustedes cómo pasan, se acercan, se alejan, vuelven, se pegan a los cristales, giran, desaparecen, reaparecen. Entonces siento cómo el aua del acuario se filtra por el ventanal e, inundándolo todo, me inunda a mí. Y soy a mi vez un pez. Nado muellemente por esta atmósfera, enredándome en el humo de mi pipa. Es mi único placer. Olvidan ustedes que yo no soy un hombre feliz.

—Rubén de Loa — le dije estrechándole cariñosamente las manos—, te presentamos nuestras excusas. En verdad, nosotros somos felices, tenemos parientes y amigos, bajo nuestras sábanas se anidan muchos goces. Mi mujer frecuenta los cines; yo, los campos deportivos. Rubén de Loa, en nuestro nombre y desde el fondo del corazón, te pedimos que jamás cortes ni una hoja de aquéllas y te deleites siempre nadando por los aires de tu taller.

El buen amigo nos abrazó entonces enternecido y, cogiéndonos por las manos, nos hizo ejecutar una len-

ta, lenta, lenta pirueta acuática que nos cortó un tanto la respiración y que nos llenó de placer al sentir cómo nuestros pies volvían a tomar contacto, poco a poco, con el entablado del taller.

Nos volvimos a sentar. Le dije:

—Dejemos esas hojas de lado. Son de tu vida privada y no nos incumben. Pero, la estética nos pertenece a todos, así es que insisto. Gris verdoso, verde grisáceo, selva o eucalipto nuevo, será como tú quieras, más ello ha de destilar una influencia sobre ti. Verás, amigo, que ha de venir un día en que el azul lo verás verde, el amarillo lo verás verde, el anaranjado lo verás verde, y verde verás el blanco y el negro y cuanto existe. Tal cosa no puede subsistir, pues de tanto ver verde, al mismo verde no lo vas a ver. Podrás alegar que más vale conocer una cosa a fondo que resbalar por sobre mil. Mas, yo te digo que aquí no es conocer, no es penetrar. Es reducir, créemelo, Rubén de Loa. Y a este paso llegará el día en que hasta el rojo lo verás verde.

—¡Alto ahí! — exclamó Rubén de Loa—. ¡Alto ahí! ¡Ni una palabra más!

—¿Por qué? — pregunté extrañado.

Como hace un instante, el buen amigo esperó un minuto y luego, mirándonos alternativamente, nos habló en su tono confidencial, al que agregó un dejo de tristeza.

—¡Cómo se ve que ignoran ustedes el rol del rojo ante el verde! Sépanlo ustedes: el rojo es el complementario del verde y esta ley de los complementarios es cuanto hay de importante en este mundo.

Yo murmuré:

—¡Huuuum!...

Mi mujer abrió un poco los ojos, luego los volvió a su estado normal.

—Sí — prosiguió Rubén de Loa—, es importantísimo. Pues el rojo, al ser el complementario del verde, en cualquier circunstancia de la vida, lo complementa. ¡No se mofen ustedes, no! Voy a explicarme. Quien

complementa, equilibra; quien equilibra, hace estable —¡muy importante esto: hacer estable! — pues, quien hace estable, hace viable. ¿Viable qué?, preguntarán ustedes. Muy justo. Voy a explicarme. Hace viable la circulación de la vida a través. No digo más: a través, a-tra-vés. Pues, pensemos un momento, agitemos nuestras mentes. La vida circula a través, puede circular, gracias a que tiene por donde circular. Esto es elemental. Y lo tiene, gracias a que hay, en aquello por donde circula, una estabilidad, y esta estabilidad es únicamente posible, gracias a un equilibrio constante o casi constante, y para que haya equilibrio tiene que haber por lo menos dos que se equilibren. Uno solo, ¿con qué, con quién se equilibraría? Y para que el equilibrio de los dos se mantenga, tales dos tienen que crear entre ellos un complemento, digámoslo sin rodeos, tienen que complementarse. Que si no, es el caos, la desaparición total, la vuelta al día antes del primer día de la creación. Y en tal caso, ni tú ni tu distinguida mujercita, ni yo ni mis telas ni nada. En cambio, tal como están, como son las cosas hoy, circula la vida en el gran complemento equilibrado y yo, el desdichado Rubén de Loa, puedo, a imagen del Creador, darle a la vida total, un punto más, un tubo más, diría, por donde gozar circulando. Es lo que hago con mis telas aquí en mi taller, amigos míos.

Y diciendo esto se precipitó a varios rincones y bajo varios muebles, cogió doce telas y las alineó al pie del muro opuesto al ventanal.

Mi mujer y yo, nos sumimos en muda contemplación. Rubén de Loa se colocó tras nosotros, alzó ambos brazos de modo que cada una de sus manos quedara por encima de cada una de nuestras testas y así, sin moverse, sin pestañear, veló sobre nuestra muda contemplación.

Las telas de Rubén de Loa eran verdes.

Las telas de Rubén de Loa contenían todos los verdes. Los de todas las horas del día y de la noche; los de todos los años de la historia. Contenían cuantos

la Tierra ha dejado atrás en su marcha, cuantos la acompañan hoy, cuantos vendrán a pegarse a ella en su rodar futuro. Los de los cuatro elementos. Los del éter. Los de la gestación de la vida en el óvulo, los del parto y del florecimiento, los de la plenitud, los que se elaboran carcomiendo el aire interior de los ataúdes. El verde del silencio, los verdes de los murmullos, el verde del estrépito. El de Dios. El de Satán. ¡Todos, todos! ¿Para qué insistir más? Su sola enumeración me llenaría diez volúmenes y luego, si quisiera enumerar las relaciones de cada enumeración verde con cada otra, cien volúmenes no me bastarían. Por lo demás, ¿no es acaso bastante con la palabra "todos"? Metámonos bien esta palabra en la cabeza: *todos*. Todos los verdes. Basta con expresarlo así. Sin embargo, no sé por qué, algo como un escrúpulo me incita a seguir con ejemplos verdes, algo así, como de no hacerlo, sería falta de homenaje al magnífico talento verde de mi amigo. Sí, pero, ¿por qué lado empezar el primer renglón de la primera página del primer volumen? Que baste con que diga que allí estaba el verde mío que hasta entonces yo había ignorado. Estaba el de mi mujer. Y el de nuestro amigo. Y el de la relación entre mi mujer y yo. Y el de la relación entre mi mujer y él. Y de él conmigo. Y de los tres en ese punto, pues, si nos movemos, es otro verde (que también se hallaba en las telas), el de ese sitio y a esa hora precisa, y como ningún reloj se detiene, los verdes de las telas de Rubén de Loa, etc., mil veces etc. ¡Santo Dios! ¿No basta: TODOS?

Y siempre temo no rendir bastante justicia a su talento. Entonces, ya que no hay medio de ir a la enumeración, vamos, por lo menos, como homenaje, a una anécdota que demostrará hasta qué punto los verdes del amigo influían sobre cuanto cayese bajo ellos.

Hela aquí:

Mientras allí estábamos mi mujer y yo contemplando las telas y tras nosotros nuestro amigo con las manos levantadas, un tucán de propiedad de una vieja

vecina, lanzó por los aires su canto agreste. He de advertir que, habiendo visto al pájaro en varias ocasiones anteriores, había podido constatar que pertenecía al género de los *Caliptocephalus Gayi*, es decir, que era un tucán multicolor pero sin ninguna pluma verde.

Pues bien, su canto chillón de colores detonantes penetró al taller por lo alto del ventanal, lo cruzó con su velocidad habitual y se posó sobre nuestras cabezas. Entonces, desde ahí, se infló redondo como una bola de jabón, explotó en viento removiendo nuestras cabelleras y dejó desgranar sobre nosotros una llovizna verdosa que, atravesándonos primero los oídos, nos armonizó luego los ojos con las doce telas para después darnos la sensación en todo el cuerpo de una sumersión en un sosegado pantano de algas y aguas muertas.

Con esto debería bastar pero veo que hasta ahora no he salido del mundo de lo sensible, de los verdes que, mal que mal, pueden percatarse con los sentidos. Así, pues, permitaseme una palabra más.

Estaban allí también los verdes imperceptibles a los sentidos. Debo explicarme. La teoría de Rubén de Loa sobre los complementarios es, indudablemente, muy verdadera, es decir, que para que se mantenga el equilibrio y, por ende, pueda existir lo que existe, debe — limitándonos a este caso —, por cada cantidad de verde que se produzca, producirse igual cantidad de rojo y viceversa, por cada cantidad de rojo, igual cantidad de verde. Y así para todos los dominios de la naturaleza y del universo, pues de lo contrario, ya lo hemos dicho, sería el caos. Pero quedemos dentro de nuestros límites.

Ahora bien, pienso yo o piensa cualquiera en una selva. ¡Verde, verde y más verde! Apenas una que otra florecilla roja. ¿Cómo entonces no explota la creación ante este desequilibrio? Pienso más: el mar. Está azul, azul de tinta. Viene un juego de nubes y tenemos de súbito miles de kilómetros cuadrados de verde, surgido así, casi repentinamente. ¿Qué rojo y dónde lo equilibra? Hay allí cientos de casas de ma-

dera parda. De pronto, ¡fuego! Y surgen hasta el cielo inmensas lenguas rojas, titilantes y cambiantes que un segundo antes no existían. ¿Dónde, simultáneamente, surgen verdes, titilantes también, correspondientemente cambiantes — ya que cada matiz del uno exige el exacto matiz del otro — para que el equilibrio se mantenga?

A estas preguntas, Rubén de Loa contesta sin titubear:

—¡En alguna parte!

Luego agrega, agitándose (lo anterior lo ha dicho con solemnidad):

—Que nosotros no los veamos, es otro asunto. Pero, desde el momento que existen, ya que no pueden dejar de existir, pues si dejaran de existir bastaría la súbita llamita de un fósforo repentino para...

—¡Sí! — interrumpimos mi mujer y yo — ¡el caos! Ya lo sabemos.

—Eso es, el caos. Puesto que existen, aunque no los veamos, existen. Y si existen, aunque no los veamos, tienen que poder reflejarse en una tela, pues el arte de la pintura no conoce trabas.

Vuelta a sumirnos en una muda contemplación.

En efecto, allí estaban los invisibles.

Mi mujer, espíritu grande, trascendental y generalizador, percibió de pronto, flotando en las telas del amigo, todos los verdes que acompañan, en alguna parte, a los crepúsculos de fuego que ensangrientan día a día todos los cielos de la tierra. Y a punto estuvo de caer en éxtasis.

Yo, espíritu no tan vasto, permanecí dentro de mis posibilidades. Sólo percibí unos pequeñitos verdes fugaces, especies de fuegos fatuos que, traviesos, van por las calles de esta ciudad y de todas las demás. Trataré de explicarlos.

Como a la mayoría de mis conciudadanos, me gusta, por las mañanas poco antes del almuerzo, pasear de un lado a otro por nuestra hermosa avenida Benedicto XX. Como a tantos de mis conciudadanos, a mu-

chas de mis conciudadanas les gusta también, a esa misma hora, pasear por esa misma avenida. Y a algunas de ellas, les gusta vestir de rojo. Por lo general, estas últimas son delgadas, altas, gráciles, sonríen, entornan los ojos, respiran moviendo los senos. Yo las miro entonces, las sigo con la mirada, las veo perderse por las esquinas o tras la multitud y me deleito con esas magníficas formas empapadas de rojo. Y siento, para qué negarlo, un marcado desasosiego.

Por mucho tiempo busqué su origen, mas sin hallarlo. No me contentaba con atribuirlo exclusivamente a la sexualidad. Había allí algo más que, por fin ayer, en el taller de mi amigo, encontré.

Había la percepción directa de esos rojos, sexuales y candentes, entre todos, por llevar dentro formas de muchachitas tiernas, y no había la percepción de los correspondientes verdes que los sosegaran, que los metieran dentro de un plácido equilibrio. Eso era. Y por eso yo, al verlas alejarse, sentía cómo me desequilibraba y me caía a los infiernos.

¡Nunca más! A partir de ayer, podré pasearme sereno por la avenida Benedicto XX. Lo podré, pues a partir de ayer he grabado en mí, gracias a las telas de Rubén de Loa, la percepción de los verdes fugaces y fatuos que, invisibles, por ahí, en alguna parte, siguen a cada muchachita que se aleja removiéndose en un pequeño chorro de sangre.

Me volví hacia Rubén de Loa.

—Tienes una enormidad de talento — le dije.

—¿Lo crees? — me preguntó intrigado.

—¡Por cierto, amigo mío! Es algo magnífico haber pintado los verdes invisibles que acompañan a los rojos que, al parecer, van solos por el mundo.

Y me volví hacia las telas.

Al volverme, estuve a punto de caer de rodillas. Había un verde que había olvidado, olvidado totalmente y que ahora, al ver de nuevo y de pronto las telas, me apareció de golpe. ¡El verde de Lucrecia, la bella Lucrecia! Allí estaba, allí vivía. ¡Ese verde del alba,

perezoso, cuando su cuerpo en el lecho, empieza a enverdecer enmohecido por tanto amor!

Me quedé contemplándolo largo rato.

Entonces el verde de Lucrecia, la bella Lucrecia, empezó a vacilar, a trasladarse poco a poco, tan poco a poco, que apenas me pareció oír allá muy lejos un repique de campanas nacido en el convento de los Jerónimos.

Agucé el oído. Tal vez sí — no lo sé — repicaban los Jerónimos. En todo caso, el cuerpo de Lucrecia oscilaba, se desvanecía.

Esperé.

El cuerpo de Lucrecia se fué en su verde. Y en su sitio empezaron a esfumarse los verdes de los frailes que tocan las campanas, los largos verdes de las torres que las cobijan, los de los muros de piedra que las sostienen y los que se desprenden del metal, tintineando por los aires, cuando los frailes lo golpean con la cuerda en la mano balanceando los badajos.

Y con esto creo que es bastante para rendir el justo homenaje que el amigo se merece. Es bastante, por cierto, en cuanto a los verdes se refiere, mas en las telas de Rubén de Loa había algo más:

En cada tela había un rojo, uno solo.

Quien ya conoce las teorías sustentadas por el pintor acerca de los complementarios, comprenderá que cada uno de esos rojos era el exacto, minuciosamente exacto, exacerbadamente exacto, complemento del conjunto de sus verdes. Por lo tanto, no vale la pena insistir en ello. Que se sepa, tan sólo, que si así no hubiese sido, ninguno de los verdes anteriormente citados hubiese podido aparecer, pues..., en fin, la teoría que nos lleva al universo todo. Sólo diré, para mayor comprensión de las telas, que cada rojo, inclinándose, según las necesidades, hasta el granate negro por un lado, hasta el estridente bermellón por otro, se doblaba con una sumisión, una fidelidad, un amor tan grande a la multitud de verdes que lo circundaba, que hasta su forma tomaba parte en esta bipolaridad per-

fecta. A veces era el rojo largo, sinuoso, enroscado cual una serpiente; otras, era un manchón que se descuartiza; otras, un puntito de pimienta picante; otras, un hermoso ramaje de un cáncer avanzado; en fin, la perfección, ¡qué diablos!

Pues bien, frente a tanta perfección, de pronto una duda me cogió. Me rasqué la cabeza y fruncí los labios. Prendí un cigarrillo.

—Amigo mío — le dije —, esto va mal.

Quedó el hombre boquiabierto.

—Calma, amigo — proseguí—, déjame explicarme. Diré más bien que esto puede ir mal. Pues acabo de notar — no sé cómo, así, súbitamente — que cada uno de los rojos y todos ellos en conjunto, no sólo complementan a los verdes de sus respectivas telas, sino que tienen un rol muchísimo mayor.

—¡Mejor que mejor!

—Escúchame. Los verdes de tus telas son verdes de tu taller, de su atmósfera, de este vasto agujero en que vives y laboras. Por consecuencia, los rojos, al complementarlos, no sólo a ellos los complementan sino a tu taller entero. Son esos rojos no sólo de tus telas; son del ambiente total de aquí dentro.

—¡Mejor que mejor!

—Sí, mejor que mejor mientras todos, hombres y telas, permanezcamos dentro. Pero, ¿si coges las telas y te vas por las calles, a una exposición, por ejemplo?

—¿Y bien?

—Rubén de Loa, ¡ten cuidado, ten cuidado! Al sacar tus telas de aquí, gran parte de cada rojo no tendrá más que hacer, perderá su objetivo, pues otra será la atmósfera que lo envolverá. Entonces, careciendo de la mayoría de los puntales que lo sostienen, lo pegan y lo plasman allí, se desprenderá, caerá por tierra y te salpicará los zapatos. Y esto no estaría bien, Rubén de Loa. ¡Créemelo por el amor de Dios!

Guardó silencio meditando. Luego dijo:

—No hay peligro. He hecho la prueba y no se caen. Las he llevado allí al patio, las he sacado hasta la

puerta, las he venteado un rato en la calle misma, y no se caen. He hecho aún más: he ido con las doce telas al departamento de la vieja vecina y, una a una, las he ido colocando frente al tucán multicolor. Ni su carencia de plumas verdes, ni sus plumas escarlatas, han logrado hacer vacilar en lo más mínimo a ninguno de los rojos. Te repito, no hay peligro.

—Si la experiencia ha sido hecha, no hay más que hablar. No se caen; conformes. Pero ello no quita que parte de los rojos, al ser sacados de aquí, quede de ociosa. Tú dirás pequeña parte; yo, gran parte. Como sea, estamos de acuerdo en la existencia de esa parte. Y esta parte ociosa, colgadas ya las telas en un muro de exposición, empezará a buscar un objetivo, a rondar, a tratar de emplearse, a mortificar a cuantos ojos se posen sobre ella, a crear el yerro, a implantar el malentendido, a tender un velo de desconcierto entre los espectadores y las doce telas. Y va a resultar, mi buen amigo, que nadie va a entender palabra y que todos van a salir de allí con una engorrosa sensación de sin sentido.

Aquí noté que Rubén de Loa me miraba fijamente y con el rostro un tanto alterado. Callé. Entonces me preguntó:

—¿Y qué? ¿Y qué?

—Hombre, ¡nada! Eso únicamente. Saldrán los espectadores con el sin sentido en las pupilas. Nada más.

—¿Qué espectadores?

—¡Hombre! Los de la exposición, de la supuesta exposición.

Alzó la vista casi hasta la amenaza y volvió a preguntarme:

—¿Qué espectadores? ¡Responde!

Empecé a experimentar una cierta inquietud.

—Los supuestos espectadores de una supuesta exposición de tus obras. Cosa sin mayor importancia, por lo demás. ¿Por qué te agitas?

—Porque tú no me contestas con la palabra exacta. Por tercera vez, ¿qué espectadores?

Mi inquietud empezó a convertirse en miedo. Rubén de Loa poníase agitadísimo. Sus ojos relampagueaban.

—¿Palabra exacta? — pregunté a mi vez—. Querido amigo, no la encuentro. Si ella no es espectadores, digamos aficionados o críticos o simplemente hombres de la calle.

—Está bien — me dijo y se echó sobre una silla. Tres gotas de sudor aparecieronle en la frente—. Está bien. Ya que no la dices, esa palabra exacta, la diré yo. Tú quieres decir que saldrán con los ojos desorbitados por el sin sentido..., ¿sabes quienes?

Esperé. Rubén de Loa exclamó:

—¡Los burgueses!

Un largo silencio. Al fin dije a media voz:

—Bueno. Vaya por los burgueses.

—Pero, ¿te crees tú — prosiguió — que ha nacido el burgués que logre inquietarme? Oye bien y clávate esto en la nuca; clávatelo de tal modo que no haya en el mundo alicata que pueda arrancarlo: como aparezcan burgueses que se confundan con los rojos errantes de mis telas, como que aparezcan, te repito... Pues bien, ¡mira allí!

Me volví temeroso hacia el rincón que su índice apuntaba. Mi mujer hizo otro tanto. Y ambos palidecimos.

Pendía en dicho rincón un enorme cuchillo de carnicero.

—¿Comprendes? — me preguntó el amigo—. Como que aparezcan, uno a uno los iré cogiendo por la garganta con mi izquierda y, con ese machete en la derecha, les revolveré las entrañas hasta su fallecimiento total, ¡total!, ¡¡total!!, ¿Ira? ¿Despecho? ¿Venganza? ¡Nada de eso! Les moleré, les amasaré, les descuartizaré las entrañas para que expriman y expelan todos los rojos de sus sangres. Entonces, con esos rojos, fabricaré cuantos falten aún en la creación, cuantos Dios tenga proyectado fabricar durante los días

que quedan por venir, rojos de fuego, de rubí, de flores y de carnes, de menstruaciones y de heridas, de bochornos y de glorias. ¡Todos los fabricaré con el vientre sanguinolento y macerado de esos hombres, bermejo, granate, bermellón, escarlata, púrpura, carmín, coral, rosado, cardenal, cereza, granada, laca, encarnado, amaranto, tomate, alazán, ladrillo, salmón, ascua, chispa, fuego, cangrejos cocidos, lacres derretidos, hierros candentes, revoluciones, banderas, arterias y tripas!

El buen amigo gritaba como un varraco. Yo sentía que las piernas se me doblaban. Mi mujer hallábase apenas separada del desmayo por un bramante finísimo. Y nada podía impedirme pensar para mis adentros: "Este animal se va a volver loco y nos va a tajar como a ratones".

Entonces lancé hacia mi mujer una mirada llena de interrogaciones. Preguntaba mi mirada:

—¿Estaremos, tú y yo, para el amigo, clasificados entre los burgueses?

Y mi buena mitad me miró a su vez contestándome:

—A lo mejor, allí estamos clasificados.

Sin esperar ni una gota más de rojo, avancé resuelto hacia Rubén de Loa. Le estreché ambas manos con efusión, diciéndole con voz emocionada:

—Querido y buen amigo, hemos tenido el más profundo placer al hacerte esta simpática e interesante visita. En cuanto la vida nos proporcione otra ocasión, la repetiremos encantados. Mas, por ahora, otras ocupaciones nos solicitan. Querido amigo, será entonces hasta muy pronto.

Y mi esposa a su vez:

—Señor Rubén de Loa, ha sido para mí un gusto indescriptible el apreciar el magnífico talento de usted, y el escuchar su amena charla. Será, pues, hasta muy pronto.

El respondió:

—Hasta muy pronto, hasta muy pronto.

Y nos escapamos presurosos.

Ya fuera del taller, le dije a mi mujer.

—Hija mía, de buena nos hemos librado. Bastaba ya de verdes, de rojos, de pintores y de atmósferas acuáticas. Así es que, de prisa. ¡Vamos! ¡Vamos!

—Sí — me respondió—, bastaba ya. ¡Vamos ¡Vamos!

Y nos dirigimos a la sala de espera en la plaza de la Casulla.

Hubo entre mi mujer y yo más o menos el siguiente diálogo:

Yo. — Encuentro que el día de hoy ha sido hasta ahora muy hueco.

Ella. — No. Yo lo encuentro más bien intenso.

Yo. — Por sensaciones, tal vez. Pero, ¿qué hemos sacado en limpio?

Ella. — Es verdad. Porque después de todo, ¿qué hemos sacado en limpio?

Yo. — ¿Qué?

Ella. — ¿Qué?

Yo. — Nada.

Ella. — Nada.

Yo. — Y ello no es posible.

Ella. — ¿Cómo remediarlo?

Yo. — Verás. Guardemos silencio un largo rato. Tú planearás por donde se te dé la gana, en pensamiento, se entiende. Yo, mientras tanto, me dedicaré a hacer observaciones de cuanto nos rodea. Y verás qué de cosas sacaré en limpio.

Ella. — Convenido.

La sala de espera era como todas las del mundo entero: opaca y polvorienta, sobre todo polvorienta. Nosotros estábamos sentados junto al ventanal. Afuera, en la plaza de la Casulla, seguía la vida habitual de dicha plaza. Adentro, no menos de veinte personas esperaban.

Encuentro igual interés entre las personas y los objetos, sobre todo en las salas de espera donde todas

las personas se identifican con los objetos al esperar. A pesar de ello, empecé con un ser humano como yo: el barrigón sentado al otro extremo y frente a mí.

¡Sí, por cierto! ¡Un barrigón! ¡Qué fácil observarlo! Por lo mismo, voy a él, a ti, barrigón incógnito. Por la sencillez de una panza revestida con casimires baratos, una panza con piernas cortas con zapatos de sudor filtrado, una panza con cabeza, en ella bigotes, sobre el total un hongo. Acababa de asistir a sucesos que, con razón, mi mujer calificaba de intensos: ver guillotinar a un semejante, oír el cántico de miles de cinocéfalos arrobados por el Sol, la refriega sin igual de aquellos dos bichos enfurecidos, los misterios de los verdes y los rojos... ¡Y nada! ¡Nada en limpio! Quiere decir que no estoy a la medida de tales sucesos. Ahora sí, frente a frente, el barrigón y yo.

Observar a un barrigón... Ahora pienso, ¿será más fácil — para llegar a una conclusión, se entiende, para sacar algo en limpio — que observar, pongamos, la separación de las aguas y las tierras el tercer día de la Creación? Tal vez. Sin embargo, recorro el vasto campo de todas mis lecturas y, que yo recuerde, no sé de ningún hombre ni del pasado ni del presente, que haya jamás sacado algo en limpio de la observación de otro hombre barrigón. Ni aún sé de ninguno que haya intentado, que haya osado dirigir su observación sobre un barrigón sentado frente a frente.

Me dirán que la literatura está llena, cuajada de barrigones y que tras de cada uno hay un escritor que teje cánticos o psicologías, anécdotas o tragedias alrededor de la barriga de su elección. Sí, es verdad. Sí, pero, ¿y el barrigón mismo? El barrigón como hecho absoluto, contundente, como imperativo categórico, ¿dónde está? ¡Lo sé, lo sé! Puedo yo también tejer cuanto quiera junto a esa barriga. Puedo hablar de una vida gris, apremiada, de un horizonte de buey que pasta guisos de conejos a la cacerola y rumia hoy lo de ayer para rumiar mañana lo de hoy. Puedo decir que su mujer ya no lo quiere y que sufre el barrigón en

silencio, pues piensa que, aunque en principio es injusto, es en la vida justo que una barriga así no sea amada. Y en este caso una barriga es un elemento de tragicismo y desolación. Puedo verlo vivaracho, malicioso, no pastando, sino saboreando conejillos variados y aliñados, buen vinillo tinto y blanco que a la lengua hacen chasquear. Los gordos amigos allí están de igual modo, la señora ríe de contento al hacer saltar un corcho más y lo quiere, lo quiere. Y en vez de rumiar hoy lo de ayer — ¡ni esperarlo! — rumió ayer el conejillo de hoy y hoy rumiará el lechoncillo de mañana. Y de esta manera, ¿no puedo acaso pasar mi vida entera y dos vidas y más envolviendo su barriga en cuantas existencias haya habido, de cuantos gordos y aún flacos la Tierra haya mantenido en su corteza? Todo lo puedo con mi barrigón de enfrente, soñar, amar, balancearme en celestes y dorados, bajar, encenagarme, asomarme a las putrefacciones de las tumbas.

Todo esto estará muy bien. Sí, pero, ¿y el barrigón de enfrente? El, allí, sentado. El, por el hecho de ser, de estar. El, por el hecho de observarlo yo. ¿Dónde está? No se trata de ir a averiguar su verdadera vida, sus ideas, sus afanes. Sería volver a lo mismo. No se trata ni siquiera de identificarse a tal punto con él metiéndosele dentro, que simultáneamente se viva su vida y la de uno. No. Se trata del hecho que esté allí, del hecho que un barrigón sea, del hecho que yo exista, del hecho que mi voluntad me haya ordenado: "obsérvalo, delimitalo, sábelo". Del hecho que, al querer hacerlo, el barrigón se me diluya, pierda sus contornos junto con hacérseme hermético y me suma en el mismo estupor que hace tiempo me sumió una tarde distraída, al mirar y darme cuenta que allí estaba, fijo, inmóvil, solo, un interruptor eléctrico pegado a la pared. Y cuando quise cerciorarme de su realidad, el interruptor se me aisló del mundo y, por breves instantes, no comprendí más nada de esta vida ni de la otra.

Pero volvamos, volvamos. Ayer en la sala de espera había hecho yo una promesa. Habíale prometido a mi mujer algo en limpio de mis observaciones. Y hasta ahora, nada. El reloj de la sala de espera tocó tiempo perdido.

¡Observar, Dios mío, observar! Vamos por orden. Un poco de calma y serenidad. Desde luego, conozco dos medios de observar, de conocer a otro ser. Los mismos que pueden servir para un objeto, un animal, un libro y demás. Pongamos un libro; me es más fácil. Primer medio: lo abro en la primera página, lo leo entero y por su orden y no me detengo hasta leer la palabra *Fin*. Segundo medio: lo compro, lo llevo a casa, lo miro por arriba, por abajo, por delante, por detrás. Lo pongo en la biblioteca. Lo saco por la noche y lo hojeo. Lo dejo sobre la mesa. Le cuento a un amigo la existencia del libro en mi casa. Se la cuento a dos, a tres. Leemos en cualquier página cualquier frase. Otro me dice solicitándomelo: "A ver, a ver". Lo hojea con el entrecejo fruncido y yo atisbo su expresión. Esto dura varios días, semanas. Nadie lo lee, pero se vive en su atmósfera. Al cabo de un mes, cada uno de nosotros da una conferencia sobre libro y autor. Es el segundo medio.

Muy bien. Pero nadie me podrá negar que el primer medio es el que indefectiblemente emplean los ornitólogos y el resto, y que el segundo es grato, gratísimo, a los malos poetas.

Hágome ornitólogo: hago una acabada descripción del barrigudo de pies a cabeza, peso, altura, estado social, pasado, presente, intenciones futuras, presión arterial, anhelos, dolores, cuenta corriente y ¡qué sé yo! Pienso. En verdad, no resulto como ornitólogo.

Soy mal poeta: rondaré a su alrededor, cruzaremos una que otra palabra, atisbaré sus gestos en el café, en el tranvía, en la calle, cuando está solo o con amigos, con su mujer, con su chico, cuando pasa el regimiento, cuando pasa una muchachita roja envolviéndolo en verde invisible en medio de la avenida Be-

nedicto XX. Y llamaré a mí, vagamente, vagamente, allí en esa región intermedia entre la conciencia y la subconsciencia, a muchos vagos escritores de tiempos vagos que hayan a su vez perseguido barrigones y lo hayan hecho algo mejor de lo que yo lo haré. Así conoceré la vida gorda de los buenos gordos de las grandes urbes. Y escribiré.

Sí, pero, ¿y el gordo de allí enfrente? Ha vuelto el reloj a tocar otro tiempo perdido. Y mi santa mujer, bien junto a mí, en la sala de espera, espera.

¡Oh, Dios! ¿Cómo observarán los hombres de talento? Como sea, calma y serenidad y, sobre todo, procedamos por orden.

Empecemos por delimitar al gordo: al norte, el extremo de su hongo; al sur, el extremo de sus botas; al oriente y poniente, el extremo contorno de: sombrero, orejas, cuello, hombros, brazos, caderas, muslos, piernas, pies. El total, negro. Sobre este negro: mancha aceitosa del rostro, mancha blanca de la camisa, mancha... (Esto se desmorona hacia la ornitología, pero, en fin, el barrigón ha quedado delimitado). Observemos. Vamos al norte. El sombrero. Pero el sombrero no es el gordo sino del gordo. Y si observo el sombrero, veo su copa que no es el sombrero sino del sombrero. ¡Alto! Vamos directo al gordo: allí está. Sí, allí está la cara del gordo que no es el gordo sino... Esto va a recomenzar.

Una impresión de conjunto, el total. El total: ¿En color? ¿En forma? ¿En volumen? El verdadero total. Los tres. Es decir, el ambiente, la atmósfera en que vive el gordo. Sí, pero de aquí a un cuento del mal poeta no hay más que un paso. ¿Qué hacer, esposa mía?

¡La panza! La panza en un panzudo, es la solución.

Empieza en el sitio del primer botón del chaleco; termina frente al quinto botón de la bragueta; por ambos lados desborda ligeramente. Bien. Pero observemos la panza. Veo el chaleco. Es natural. La pan-

za está dentro. Habría que entrar por el hueco entre dos botones, entre el tercero y el cuarto, pues allí, el borde superior del chaleco, a causa de la postura del barrigón, se levanta visiblemente. Paño negro abajo, paño negro arriba, menos luz. Pero el paño negro de arriba ha de terminar no muy lejos y ha de verse en claro el reflejo del forro blanco. Avanzar. Hénos al borde del paño negro inferior. Un salto y estamos en la camisa. Se me figura que ha de respirarse aquí un aire denso y también que el movimiento respiratorio ha de sentirse con mayor intensidad: sube, baja, sube, baja. Y aire denso. Un cierto malestar, un comienzo de mareo. Bien. Ahora, buscar un paso por la abertura de la camisa, tal como se hizo con el chaleco. Listo. Sí, listo, pero antes hay un punto: ¿llevará camiseta el gordo? Todos estos días han sido más bien calurosos en San Agustín de Tango y alrededores. No ha de llevar. Aunque por lo general las personas como este gordo, de su edad, de su volumen, de su clase, llevan camiseta el año entero. Es la juventud, con el auge de los deportes, la que ha desechado esta prenda de vestir. Pero a mí se me figura, se me ocurre, que el gordo no la lleva. Estamos, pues, en la panza, en plena panza. Y junto al ombligo. Inmenso, profundo, lóbrego ombligo. Cráter de tinieblas mal olientes que sube, baja, se agranda, se arruga, sube, baja, agrandándose, arrégase. Y al fondo, al fondo... ¿Qué hay al fondo del ombligo? Ahora que me fijo, nunca lo he observado. Debe haber pequeñas arrugas entrelazándose las unas a las otras. Tal vez. Voy a observarlo.

¿Observarlo?

¡Observarlo! ¡Al diablo!...

¿Y la panza toda del panzón? ¿Y el panzón mismo?

"El barrigón como hecho absoluto, como realidad, como imperativo categórico..."

¡Y yo al fondo del fondo de dos arruguillas entrelazadas...!

Calma, serenidad es menester ante estas cosas. Vamos por parte.

Allí está la panza, toda la panza, circular, circular. Bien. Sí, pero estoy moviendo los ojos en círculo. Luego, resbalo, no penetro. Me balanceo, me estoy meciendo y esto es atmósfera y por ningún motivo el imperativo categórico hecho carne. Esto es un comienzo para el mal poeta. Esto es impresionismo, es vaguedad. Prueba de ello es que la cadena de oro que la cruza de parte a parte la veo, mientras así giro, como si estuviese fuera de foco. Para verla, habría que detener los ojos sobre ella. Pero entonces los bordes de la panza saldrían de foco. Más aún, los extremos de la cadena saldrían también. Tendría que volver a moverlos de un lado para otro. Si los detengo, veo un anillo, nada más que uno. Acaso al ver ese anillo, sin poder apreciarlo, los estoy moviendo. Pero no importa. No lo aprecio y basta. Un anillo. Igual a todos. Tiene poca fantasía mi buen barrigón. Recuerdo otras cadenas, la de mi tío Diego, por ejemplo, que consta de tres clases de anillos. No importa. Aquí son todos iguales. ¿Iguales? Un momento.

Cada vez que veo una cadena, de cualquier tamaño que sea, con anillos o eslabones iguales, inflo cada uno de estos, sin modificarlos en nada, hasta proporciones gigantescas. Me entretengo entonces al ver cómo, poco a poco, a medida que crecen, se van diferenciando a tal punto que, con sólo echar una rápida mirada en torno mío, sé en cual de ellos me encuentro con mayor certeza que la de un experimentado turista al encontrarse de súbito e ignorante sea en China o Andalucía, en el Congo o en Escocia. En la cadena, por cierto — me refiero ahora a la del barrigón, con exclusión de cualquiera otra—, todo es oro y nada más. En este mundo todo es tierra. Que sobre la tierra hay árboles —y éstos varían—, que en ella hay rocas y junto a ellas hay aguas, etc. y etc. Lo sé. En el oro, aumentado a tamaños planetarios, hay tam-

bién cuánto se quiera. Así, pues, en la cadena recorro no sólo cinco continentes sino tantos como anillos haya y con la enorme ventaja que al final, en vez de llegar al punto de partida como sucede en nuestro globo, llego a algo totalmente diferente, diametralmente diferente, otra materia, otros elementos, otra vida, otro todo: un cortaplumas de plata, por ejemplo, que es de seguro lo que ha de colgar de la cadena del panzudo. Y estando en éste, gozo del magnífico espectáculo blando, algodinoso — como aquí del cielo, sus nubes, soles y estrellas — de un fondo peluciento de un sombrío bolsillo chalequero.

Esa es la cosa: el fondo peluciento de un sombrío bolsillo chalequero. Esa es la cosa: a él han llegado mis observaciones todas. Allí desaparecen, allí van a englutirse, allí van a yacer.

Mas, no me desanimo, pues, puede ser que el error sólo esté radicado en un mal método.

He empezado por lo grande, la panza, y he caído en lo pequeño, ese fondo de bolsillo. He tratado de empezar por lo inmenso, el barrigón mismo, y he visto que era también, una pendiente a lo minúsculo. Ahora, allí estoy en el extremo minúsculo, en la extrema punta de una pelusa del rincón del bolsillo del chaleco del panzón. Hay que emplear el método contrario y, a lo mejor, se soluciona todo. De lo pequeñito vamos a lo grande, de la pelusilla vamos creciendo hasta llegar a las majestuosidades del panzudo. Pelusilla céntrica, pelusilla universo, la veo sola y única, lanzada en el espacio sinuosamente, sin consistencia y más allá de la gravitación. La veo así, mas, ¿por qué no poder concebirla así? No puedo aislarla del aire chiquito que se ventea dentro del bolsillo, sobre el cual se apoya. Y al pensarla, siento, palpo la distancia de mi cerebro a ella, la siento y palpo como cosa viva, permanente, como una materia que nos une, nos conecta, materia sin tamaño o con tamaño único, pues ya que me acerque hasta pegarla en mi cabeza, ya que me aleje has-

ta Shangai, la ciudad antípoda de la pelusa del panzón, es siempre igual, inalterable. En la negación de esa distancia, allí estamos pelusa, Chile, Shangai y yo. Y flotan, pelusa, otras más que se te entrelazan formando una pelusa de pelusas, que es pensada a su vez por mí.

Pero, tampoco puedo a ésta pensarla sola. La pienso, mal que me pese, con su sitio en el espacio. Sin este sitio se me escapa, pues veamos, ¿dónde colocarla? Desaparezco el bolsillo, el chaleco, panzón, sala, ciudad, Tierra, constelaciones. No queda más que ella, nada más, nada, nada. Pero entonces, al pensarla, me siento yo, yo mismo ubicado, y no en el vacío, pues por allí está la pelusa, tiene que estar en un punto de tal vacío, estar con relación a mí. La pongo a mi izquierda o a mi derecha, bien arriba, inmensamente bajo mis pies. Donde la ponga, siento *estar* mi cabeza y a la pelusa también con relación a ella. Más vale no desaparecer nada; se vuelve invariablemente a lo mismo. La pelusa existe porque existe algo a su lado, no más sea una cabeza que la piensa. Existe, porque yace al fondo del bolsillo, porque sus dos paredes se elevan gigantescas agarradas del chaleco que les da la existencia, del chaleco agarrado a la panza que lo hace existir. Pues, ¿qué es un chaleco sin panza? Es lo inconcebible. Si no es la panza, será cualquiera otra cosa que bien la valga. Un chaleco solo, único en medio de la total negación, nos sobrepasa. Para concebirlo tiene que estar, para estar tiene que serlo con relación a algo. Más vale que este algo sea una panza porque así lo estoy viendo allí frente a mí. Y sigue lo mismo, lo mismo, lo mismo. La panza agarrada al panzón. El panzón agarrado a este aire polvoriento que se agarrá de los muros, que se agarran del edificio entero. Edificio que puede existir únicamente porque hay donde existir y lo hay porque rueda la Tierra junto al Sol, porque el Sol es respecto a las constelaciones que son porque son respecto al cosmos, que es...

Pues bien, esposa de mi corazón, hace un instante caí al abismo de un ombligo, luego al fondo de un bolsillo y ahora me pierdo en el todo, me pierdo deshecho, filtrado a través del cráneo hasta ese todo total. ¿Y el gordo a todo esto? Se escurre el muy canalla. El gordo no es.

Esposa de mi corazón, ya esta vez no imprecaré nuevamente ni solicitaré calma ni serenidad.

Es otra cosa lo que ocurre. La barriga del barrigón es otra cosa. Pues debo, para ser consciente de su presencia, resbalar los ojos sobre ella, no concentrarme. Pues, si tal hago, me precipito en un embudo, cada vez más angosto, más fino, más y más, mientras todo alrededor se diluye, dejándome la sensación de un torbellino turbio que marea.

¡Barriga y barrigón! Estáis allí hechos realidad porque no me fijo en vosotros, porque os rozo nada más. Como que os palpe para cogeros, os desvanecéis. Y yo parto en persecución de un punto, uno solo, el último, que se me escabulle siempre por mi tamaño y el suyo. Y si yo me disminuyera lo suficiente para darle caza, acaso — ¡no! ¡seguramente! — volveríamos a lo mismo, ya que no hay duda que si me agrandara, el barrigón entero pasaría a ser ese punto último y real y, al serlo, ¡vuelto a lo mismo otra vez!

Sin embargo, el gordo está allí, esperando, un santo y paciente gordo concreto. Pues, de haber algo concreto en este mundo tiene que serlo un gordo esperando con hongo y cadena de oro, en una sala de espera de una ciudad, al fin y al cabo, harto plácida.

Sí, no hay duda, pero siempre que — y aquí está la cosa —, que yo viva junto a él, distraído. No me queda otro remedio, si quiero que todas las cosas — y sobre todo los gordos — me sean concretas, que seguir siempre distraído, recibiendo vagas percepciones de un lado y otro, dejando que sus ecos confusos me resuenen dentro como un total aceptado y dominador

por distracción. Si no, todas las cosas — sobre todo los gordos — me serán abstractas.

—Mujer mía — díjele a mi esposa—, ninguna observación podré darte, pues el gordo de allí enfrente, ¿lo ves?, es un gordo abstracto.

—Observa entonces otra cosa.

—¿Y si me ocurre otro tanto?

—Imposible — fué su respuesta—. Observa aquella lámpara.

¡Pobre mujercita mía! Cree aún en las diferencias entre los gordos y las lámparas que cuelgan de los techos. Si me bastó una mirada rápida para percatarme que el trasero del torbellino allí también estaba para chuparme y acarrear me hasta sus dientecillos trituradores de toda realidad. Le dije:

—No. Las lámparas también son abstractas a no ser que te contentes con colgarlas del techo, prenderlas por la noche, apagarlas cuando haya luz y sacudirlas de cuando en cuando; a no ser que te contentes con llevar toda tu vida dentro de ti una noción nebulosa, indefinida, de la realidad lámpara. Porque, ¿no crees tú...?

—Creo que exageras como un idiota — fué su respuesta.

—Si lo soy —repliqué—, es porque siempre me han sido intolerables cuantas salas de espera he visto en mi vida.

—Mira entonces para afuera.

Y se calló.

¡Afuera! ¡Qué cambio! Es increíble que un vidrio, un simple vidrio de no más de 6 o 7 milímetros de espesor, pueda separar tan diferentes cosas. Afuera nadie esperaba, nadie se quedaba atrás como corríamos riesgo de hacerlo nosotros, el gordo y los veinte o más otros bultos semivivientes depositados a lo largo de los bancos. Afuera todos se precipitaban. Es verdad que la

plaza de la Casulla es una de las más hermosas de la ciudad. Nuestras ciudades son demasiado regulares y cuanto a nuestras plazas, la regularidad es perfecta. En cambio ésta, al angostarse hacia la derecha, tiene cierta irregularidad que, al menos a mí, me es muy grata. Y luego a esa hora — ya el Sol se había puesto —, toma toda ella un tono de acero algo opaco. Este tono por sí no tiene, por cierto, nada de muy extraordinario, pero es muy adecuado para hacer resaltar los diversos anaranjados y amarillos de las tantas luces que la iluminan o que brillan en sus numerosas vidrieras.

Hay vidrieras de cafés, de tiendas y de cines. En las vidrieras de los cafés se ven los clientes hablando como mudos; en las de las tiendas, lo que se quiera ver (yo, especialmente, desde mi observatorio, veo objetos de caucho); en la de los cines, astros y estrellas, de cera. Ni las unas ni las otras tienen nada de particular. Son feas, son irritantes y aburridas, como todo lo que sucede tras un cristal para adentro. Así es que la belleza de la plaza queda suspendida a cierta altura sin poder echar raíces. Apenas se desparrama hasta el suelo por los pilares entre vidrieras. Pero, al hacerlo así, no lo hace precisamente como belleza; lo hace más bien como ocurrencia mía para expresar con justeza, esto de que la plaza es hermosa y las vidrieras no.

Tal vez los anaranjados y amarillos de las vidrieras sean hermosos con el acero de la plaza. Pero en tal caso la belleza está en una relación de colores y no en la plaza. Y es absurdo que, siendo hermosos estos colores al relacionarse, sean destemplantes los elementos que los producen. Porque la plaza de la Casulla podría estar en cualquier parte del mundo y las vidrieras también; la primera como hallazgo, las segundas como estupideces. Y de ser hermoso a esta hora este total — digo yo; a mí no me importa un bledo, mas mi constante frecuentación con pintores... — de ser hermoso y por lo mismo que he frecuentado pinto-

res, su hermosura debería estar en un museo y no en la vía pública. Producida en ésta una primera vez, los pintores, al cogerla y llevársela en sus telas, deberían dejar un hueco en su sitio o lo que haya de verdad sin tal belleza. Pero no. La dejan, sigue allí y uno, ¡apreciarla, gustarla! Es de volver loco al más cuerdo.

En fin, obedecí a mi santa esposa. Miré y seguí mirando.

¡Nada, nada, nada! Casi la misma historia que con el barrigón. Habría podido tejer, planeando, cuantas historietas hubiese querido imponerles a todas esas gentes de tiendas, cafés y cines o cuantas ellas, por evocación y lejanas analogías, le hubiesen impuesto a la receptabilidad boba de mi sensible mente de artista.

Entraban, salían, se apresuraban, se detenían, saludaban (éstos, los que saludaban, eran principalmente los que me causaban una honda irritación), miraban las vidrieras, tomaban butacas para el cine, escupían, fumaban.

¡Qué de elementos para elevar hasta los cielos, hasta las letras, mil construcciones magníficas! Y más aún con el avance de la hora: ya el acero opaco iba fundiéndose y las luces de las vidrieras eran ascuas refulgentes.

Y yo miraba, ¡querida mitad de mi vida!

Mas, ¿a quién podría importarle una historieta mía sobre esos caballeros o damas? Por otro lado, ¿son ellos para que yo me masturbe el cerebro con sus vestones y sus faldas? Tengo en el fondo de mí mismo la certeza de que son para otra cosa y, por lo tanto, de que yo también he de ser para otra cosa. Pues, no es posible tanta gente para mi uso personal y para cosquillar la sensibilidad de mi mujer. No es posible. Sería de una falta de lógica abracadabrante. O a lo mejor es así, son para eso. ¡Sépalo Dios! Pues si no lo son, ¿para qué serían? ¡Tanta gente! ¿Para qué será?

Creo que se podría impunemente suprimir la mi-

tad. De cada dos, matar uno, y aun de cada tres matar dos o matar tres de cada cuatro. ¿Qué cambiaría en el fondo? Que lo que está sucediendo, esto, todo esto, el universo, el cosmos, sea registrado — bien o mal, algo o mucho, es otra cuestión — por un caballero o por dos caballeros o por mil o por millones, ¿qué le importa a lo que está sucediendo? Si yo hubiese estado mirando la batalla de Jutlandia solo, completamente solo, la batalla habría sido igual. E igual también si hubiese estado con mi mujer y aun si con mi mujer y el barrigón y Rubén de Loa y el malogrado Malleco y mi hermano Pedro y el cónsul del Uruguay y cuantos haya. Entonces, ¿por qué no suprimirlos a todos?

¡Ah, no!, exclamarán muchos. Deben estar allí, aunque más no sea en la plaza de la Casulla, para que registren, registren, cojan con sus antenas interiores justamente el eco del cosmos.

¡Vaya una gracia! Así es que, señores muchos, a mí no se me habría podido echar lejos durante la batalla de Jutlandia. ¿Por qué? Porque yo estaba registrando con los tímpanos los estampidos del *Lion* y del *Lützow*, con los ojos sus fulgores y con mis antenas, una concepción de batalla. ¿Y registrando para qué? Para volverme luego con mi concepción de batalla a casa, comer con apetito, hacer el amor y roncar. Como todos esos caballeros y esas damas. ¡Hay que verlos! ¡Registra que registra el Cosmos Todo y volver a casa a sacarse los zapatos!

Calma. Debe haber una razón mayor.

La razón debe estar por ahí por las vidrieras. Esas vidrieras y esas gentes no hacen más que uno. A tal punto, que no puedo concebir, aún cerrando los ojos, vidrieras sin gente y, lo que es más, gente sin vidrieras.

La gente existe para atravesar vidrieras. Y, ya atravesadas, consumir cine, bebidas y objetos varios, especialmente de caucho. Si se suprimieran las vidrie-

ras, la humanidad entera se desparramaría hacia los cuatro puntos cardinales, se sumergiría en los océanos rápidamente y en las arenas de los desiertos lentamente. Entonces en los bosques, praderas y ciudades, los pajaritos entonarían nuestras canciones.

Me gustaría que a mí se me encomendara apagar todas las vidrieras. Haría colocar el conmutador en la punta de la más alta torre, en la torre del Ayuntamiento, por ejemplo, lo apretaría con el dedo meñique y me daría el soberbio espectáculo de la humanidad desparramándose. Imaginarse tal espectáculo me hace recordar el que presenciamos en el Zoo desde lo alto del olmo cuando huían locamente hombres, mujeres, niños, ancianos, soldados y frailes. Pero entonces no deben de haber sido más de cien mil humanos los que se esparcían; ahora, todos los miles de millones que pueblan la Tierra. Entonces iban con el máximo de velocidad que sus piernas les daban; ahora se esparcerían con desesperante lentitud, cabeceando y quejándose como hipopótamos al recordar apenas, apenas, que algo les habían quitado, al no poder recordar de nuevo y formular una palabra desmoronada al fondo de sus olvidos, la palabra "vidriera".

Por cierto que más de algún caballero aficionado a las lucubraciones podrá decirme:

—Caballero, no son los hombres los que existen para la vidrieras, sino las vidrieras para los hombres.

¿Qué poder responderle? Las conclusiones de los caballeros tienen esto de particular: que aunque no convenzan a nadie, nada se les puede refutar.

No le refutaré, pues, pero:

—Caballero, sigo sosteniendo lo contrario. Caballero, óigalo usted bien. No me cabe la menor duda que si en un sitio abandonado e inaccesible, pongamos la cumbre del Tupungato, colocáramos un café, una tienda y un cine, pronto, muy pronto, antes de lo que usted se imagina, caballero, empezarían a brotar hombres de entre los peñascos y de bajo las nieves eter-

nas. Hagamos ahora lo contrario, caballero. Coloquemos en la cumbre del Tupungato cuantos hombres usted quiera, pero sin tiendas ni cafés ni cines. Enloquecerían primero y morirían después.

Dios creó ante todo los cafés, las tiendas y los cines. Luego cafés, tiendas y cines, crearon hombres. Los crearon cuando ya el impulso primero de Dios empezó a amortiguarse y tuvieron que buscar sustento con sus propios medios. Dios, al ver esto, se sintió feliz. Luego le vino una idea digna de Satanás:

“¿Si quitáramos al alimentado y dejáramos solo al alimento?”

Y bajo los pliegues de su capa celeste, escondió cafés, tiendas y cines, se los llevó al cielo y los guardó. Entonces los hombres, ya sin objetivo, sin razón de ser, echaron pelos, se treparon a los árboles y aullaron.

Al ver esto, Dios, que es infinitamente inclinado a la compasión, empezó, poquito a poco, a echar, por aquí y por allá un pequeño cafetín; y esperó. Más tarde una que otra tiendecilla; y atisbó. Por fin, un cine, una especie de cine; y observó. Luego más cines y más. Y todo volvió a correr como sobre rieles. Y es lógico, caballero mío. Mire usted, nuestros hermosos trigales, nuestros hermosos alfalfares, ¿por qué son tan hermosos? Oigalo usted, caballero: porque hay hombres y caballos que los devoran. Suprima usted a estos, y la maleza acabará con trigales y alfalfares. Sí, caballero, mío, así es la cosa y no de otro modo.

Lo único triste que hay en todo esto, lo único descorazonante, caballero—y en esto estaremos de acuerdo—, es que, sea todo como sea, tenga usted razón o la tenga yo, no la tengamos ninguno o la tengamos los dos, toda esa gente seguirá precipitándose por entre las llamas de las vidrieras. Seguirá, aunque mucho sea el polvo plomizo que me siga cayendo aquí dentro de la sala de espera. Lo único que me consuela y me hace mirar sin tanta envidia a tanto ser precipitado es saber que, por mucho que se precipiten, irremediablemente tendrán que volver a comer a sus casas. ¡Qué!

¿Algunos comerán en el restorán? ¡Vaya una gracia! ¿Y después? Pregunto esto, nada más: ¿y después? ¡A sus casas! ¡Qué! ¿Algunos pasaron la noche fuera? ¡Vaya una gracia! Volverán, volverán algún día a cambiarse cuello.

Sí, pero nuevamente lo triste, sea como sea, aunque caigan a sus casas y se cambien cuello, es que volverán a la plaza de la Casulla a precipitarse a pesar de mis iras y del polvo que me cubra.

Total: ¡No hay caso! ¡La misma necedad que con el barrigón y la lámpara, es con esta plaza! Aunque observe, mujercita, todo sigue igual. Y si observo, o el ornitólogo o los tejidos del mal poeta. ¡No hay caso, mujercita!

—Mujercita — murmuré—, estoy fatigado. Creo que ya es bastante, que basta ya de barrigones, lámparas, plazas, casullas, gentes, cosmos y vidrieras. Así es que, por piedad, ¡vamos!, ¡vamos!

—Sí — me respondió—, por piedad, ¡vamos!

Ya lejos de la plaza de la Casulla, le dije:

—Perdóname si no te tengo ninguna observación, si nada he sacado en limpio. En cambio, de tiempo atrás, vengo haciendo otra observación, que continuamente verifico como verdadera. Ella es que, cuando las ideas pesimistas me dominan, cuando quiero de cada cinco de mis semejantes exterminar a cuatro, es porque, sin sentirlo, tengo hambre.

—Yo tengo hambre y la siento —me respondió.

Volvimos al restorán de la Basilica. Nos sentamos en otra mesa. La nuestra del almuerzo estaba ocupada.

Mi mujer pidió:

Fiambres surtidos.
Caldo de gallo.
Criadillas al canapé.
Chirimoyas con jugo de naranjas.

Yo pedí:

Salpicón de ave.
Valdiviano.
Charquicán a la chilena.
Panqueques con miel.

Y por segunda vez en el día, ambos coincidimos en el café.

—¿Vamos? — me preguntó.

—Vamos — le respondí.

—Desearía ver a mi familia — le dije al salir.

—Es un justo deseo — contestó.

Mi familia posee una especie de palacete al final de la calle de los Sagrados Corazones. Hacia allá nos encaminamos. Veinte minutos más tarde, un criado nos abrió la puerta y nos introducía al salón.

Estaban allí mi padre, mi madre, mi hermano Pedro, mi hermana María y el cónsul del Uruguay.

Desde que cruzamos el umbral, nuestra presencia les causó una franca hilaridad, que trataban de reprimir, pero que, a pesar de todo, se les desbordaba por el extremo de los labios.

Mi padre es un hombre extremadamente serio. Cuando llega a reír, es en casa fiesta nacional y el teléfono se encarga de comunicarlo a toda la parentela y a todas las relaciones. Pues bien, avanzó hacia mí sonriendo con los ojos y luego me palmeó en la espalda con tanto agrado, que la risa se le escapó como un cohete.

Mi madre es normal. Sonríe cuando hay que sonreír y ríe cuando hay que reír. Esta vez demostraba, más fuerte que todo y junto con una real satisfacción, una muda aprobación del contentamiento general.

Mi hermano Pedro, allí estaba, en un ángulo del salón, los brazos cruzados y riendo para sus adentros con tal socarronería, que repetía sus más antipáticos, sus más insoportables momentos.

Mi hermana María pudo contenerse apenas algunos segundos y estalló en una carcajada ilimitada.

Y, por fin, el cónsul del Uruguay, dejaba que por sus barbas le chorreara la malicia.

Ante tal cuadro, quedé estupefacto. Pero no tuve más que echarme la estupefacción al cuerpo y sentarme en un sillón. Entonces la conversación empezó

a desenvolverse ordinariamente, entrecortada a veces por risas mal ahogadas. Pude percatarme que lo que realmente hacían todos ellos era preguntarse y responderse algo por entre los huecos de la conversación y aunque me era imposible saber de qué demonios se trataba, pude resumir así pregunta y respuesta: "¿Será ya el momento?" — "Calma, todavía no".

Esta situación absurda iba ya para los tres cuartos de hora, cuando me percaté que a la misma pregunta invariable se le daba diferente respuesta. En el aire filtrado por los huecos de la conversación se contestó: "Es el momento".

Tuvo que ser el grandillón de mi hermano Pedro — ¿quién otro? — el encargado de la linda cosa. Salió de su rincón, se plantó al medio del salón y, mirándome con zorrería, me habló pausadamente:

—Hermano (siempre ha de decirme hermano; ¿por qué no me dirá Juan y nada más?), tú que te las das de valiente ("Hnnn", susurraron todos en signo de aprobación), que andas a cualquier hora del día o de la noche por cualquier barrio o extramuro de la ciudad, tú, hermano, mi gran hermano, no te atreves, te lo apuesto, a hacer lo que te voy a pedir.

Junto con terminar Pedro esta frase, fué en todo el salón un chasquido de risotadas. Mi padre hizo un largo "chiit" y el cónsul del Uruguay, con la mano, pidió silencio.

Prosiguió el otro cuando logró calmar su risa:

—No te atreverás a pesar de que nada sobrehumano, ni siquiera heroico, ni siquiera arriesgado, te vamos a pedir. Te vamos a pedir, ¿sabes qué?

Y aquí, todos, ¡otra vez!, estallaron en una carcajada incontenible.

—¿Sabes qué? — exclamaron ya más llorando que riendo — ¿sabes qué?

Al fin lograron calmarse. Y Pedro volvió a hablar:

—Escucha, hermano: el señor cónsul del Uruguay y papá aseguran la afirmativa. Mamá, María y yo, es-

tamos por la negativa. Ellos, pues, que te atreverás; nosotros, que no te atreverás. Ahora a ti te toca hacernos ver quienes están en la razón y quienes yerran. ¿Conforme?

Hice un leve movimiento de cabeza.

—¡Bravo! — gritó Pedro—. ¡Está conforme! Al grano, entonces, hermano mío, al grano. Soy capaz de jugar todos mis reales, ¡qué capaz!, quiero duplicar mis reales y por eso los juego. Y soy capaz de ello y de mucho más, porque la certeza es certeza. El querido, queridísimo hermano, ¡no se atreverá!

(Aquí el badulaque me dió un golpazo en la espalda).

Papá intervino:

—Hijo mío — se dirigió a Pedro—, estás, creo sin quererlo, hijo, trabajando a tu favor. Te alargas y hablas demasiado. Vamos de una vez y veremos, hijo.

—¡Viva papá! — clamó Pedro. Luego dirigiéndose a mí—. ¿Listo, hermanito?

Hice un gesto que quería decir, “no lo sé; pero si lo quieren, adelante”.

Entonces todos explotaron en la más descomunal de las carcajadas, salvo el cónsul del Uruguay que, por buena educación, se tragó una mitad de su risa y dejó a la otra sólo derramarse como malicia por sus barbas.

Rieron así durante siete minutos. Y Pedro habló:

—Bueno, señoras y señores, ha llegado el momento. Silencio y ¡al grano!

—Sí, ¡al grano! — repitieron todos.

—Hermano, he aquí la apuesta y veremos si bien el señor cónsul y papá tienen razón o si bien la tenemos mamá, María y yo. Se trata de lo siguiente, que, por lo demás, hemos discutido durante casi toda la comida. Verás...

—Sigues alargando, hijo — habló papá—, sigues trabajando a tu favor.

—No, papá, no lo creas. No necesito hacer trabajos a mi favor, porque llevo la apuesta ganada de an-

temano. Tú y el señor cónsul deberían trabajar. Pero, en fin, no se trata ahora de trabajos. Se trata de ver el valor de mi hermanito. ¿Listo, hermanito?

Repetí el gesto anterior.

Pedro entonces:

—¿Qué quieres apostar?

No respondí.

—¡El no apuesta! ¡Que no apueste! — gritaron todos.

—Bien, que no apueste. Hermano, se trata de lo siguiente: Papá y el señor cónsul aseguran que te atreverás, y nosotros que no te atreverás, a atravesar el salón, ir hasta ese rincón y mirar lo que hay detrás de aquel sofá esquinado. ¡Eso es! Y nada más. Ahora, veamos.

Y se produjo un silencio profundo.

La estupefacción me rebalsó. ¿Eso era todo? ¿Para tal insignificancia tamañas risas, tamañas apuestas? ¿Para mirar tras un sofá esquinado? ¿O me estarían tomando el pelo?

Mi primer impulso fué correr y asomarme por encima del sofá, pero ante la desproporción entre lo que se me pedía y lo que yo esperaba, me detuve mirándolos a todos con sorpresa.

—¿Y bien? ¿Vas o no vas? — preguntó Pedro.

Y nuevamente empezaron a crepitar las risas.

—¡Claro que irá! — dijo papá riendo socarronamente.

—Y tú, mamá — preguntó María—, ¿crees que irá?

—¿Yo? — dijo mamá.

Y ambas se desternillaron de la risa.

—¿Vas o no vas, hombre de Dios? — volvió a preguntar Pedro.

Sin responderle, me sumí en una meditación profunda.

Era evidente que algo había tras el sofá esquinado. Su contemplación tenía que producir un efecto dado, seguramente insólito. De otro modo, las risas

no tenían justificación. Mas, ¿qué efecto? ¿Acaso efecto de horror? No era posible. El canalla de Pedro bien podía haber colocado allí algo que me llevara al paroxismo del horror y haberse deleitado con ello, mas, papá y mamá, estoy cierto, jamás habrían permitido semejante cosa. Opté por imaginarme algo de una repugnancia ilimitada. Si la cosa era repugnante... Veamos. Respiré hondamente. Toda repugnancia huele mal. Nada. Salvo un dejo a hoja de tabaco de Vuelta Abajo de La Habana, no percibí olor alguno, y aquel podía tener varias explicaciones. No había necesidad de colocar su origen tras el sofá. Agucé el oído. Las repugnancias bullen y el bullir susurra. Nada tampoco. Apenas percibí unos golpecitos diminutos y lejanos, que bien podían atribuirse a una arañita laborando. ¿Sería algo en extremo peligroso? Apenas esta idea me cruzó por la mente la deseché. Si fuese peligroso, el miedo se habría amparado de todos ellos, pues no concibo, por más que dé vueltas el mundo en mil sentidos, que pueda existir algo peligroso para mí sin serlo para los demás. Si aquello iba a saltarme a la garganta, ya habría saltado a la de María a beberle su sangre nueva; si a los testículos, ya el señor cónsul habría dejado los suyos. Esto no lo dudé ni un instante, ni un pedazo de instante. Así es que el miedo no entró anoche a mi pecho. Evidentemente, un cierto malestar me invadía. Deseos vagos de que alguien me otorgara el permiso para desconectarme de aquel rincón oculto; que cesara ese hilo que nos unía, ese hilo conmigo en esta punta, con algo para mí en la otra, algo que devenía de más en más mío, algo casi yo en otra forma. Una palabra me estalló sola, aislada, en la cabeza: "¡Gelatina!" Comprendí. Aquello tenía que ser gelatinoso, debería ser — si hay lógica en este mundo —, mi contraparte verificada en gelatina. Tengo una repulsión innata por todo lo gelatinoso, sobre todo, si es del color llamado vulgarmente concho de vino. De más creo agregar, que si ello es de tal color y tiene patas, la repulsión me es completa y, por lo tanto, intolerable. Bien po-

dría ser que tras el sofá no hubiese tal cosa, pero bien podría ser también que la hubiese. En todo caso, por más que medité, no encontré argumento alguno terminante que viniera a probarme que allí no podía haber algo de gelatina, de color concho de vino y provisto de patas. Ahora bien, desde el momento que existía una probabilidad — repito: aunque no fuese más que una — de que tal cosa se hallase allí, era, desde todo punto de vista, más prudente no mirar. Por cierto que para mis adentros, prefería yo dar en el gusto a papá y al señor cónsul, antes que al belitre de mi hermano, pero, no por impedir que lanzara éste tres o cuatro chascarros sobre mí, podía yo exponerme a consecuencias mayores. Naturalmente iría a llamarme miedoso, enclenque, gallináceo, pollo mojado y qué sé yo. Que lo hiciera y jallá él! Ninguno de tales apodos, habría podido lastimarme en lo más mínimo porque sabía, rotundamente sabía, que el miedo no influiría en nada en mi determinación negativa. Por lo demás, mi mujer me creería y sabiéndolo ella y sabiéndolo yo, el resto del mundo me importaba un bledo. Mas aquí vuelvo a dejar estampado lo mismo: el miedo no entró para nada. Era más bien otra cosa que, si se quiere, guarda algún parentesco con él, mas no era, no, el miedo mismo. Porque, precisemos empezando por éste:

“Perturbación angustiosa del ánimo por un peligro real o imaginario”.

¡Bien metido ahora en la cabeza esto de “peligro”! Que sea real o imaginario, es otra cosa. Real o imaginario, el peligro existe, es inherente al miedo. No existe este sin existir aquél. Aunque sea imaginario. Ello no importa.

Pues bien, señores, anoche no había para mí ningún peligro. Jamás la aprensión de que corriese yo el más leve, me silbó en las orejas. Jamás, jamás. Y me parece que nadie lo pondrá en duda por la muy simple razón de que no había peligro alguno.

Lo que había era otra cosa. No sé bien cómo defi-

nirla, pero creo que es algo así como quien dijera *miedo a tener miedo*. Y mejor aún sería expresarse así: miedo a verme cogido por una sucesión de estados de ánimo que, partiendo de mi primera impresión ante la vista de la cosa gelatinosa, podría ir a terminar, al crecer como la bola de nieve, al crecer por su propio impulso, nada menos que en el manicomio.

Se me dirá que esto en todas partes del mundo es miedo y que el peligro necesitado para que se produzca es el manicomio en cuestión. Vamos por partes.

Fuí yo mismo el primero en decir que este fenómeno se emparentaba con el miedo pero, junto con emparentarse, se diferenciaba nitidamente de él, al menos, así lo entiendo yo. Miedo habría sido para mí si yo hubiese temido la cosa misma de tras el sofá y esto — ya me fatiga repetirlo — no se producía ni podía producirse. En cambio, a lo que yo temía no era a la cosa, era a mí mismo una vez puesto ante la cosa y a la sucesión de estados ánimo que desde ese momento se seguirían.

Ahora recuerdo algo que aclarará cuanto digo. No hace mucho tiempo, aquí mismo en San Agustín de Tango, un amigo me hizo una apuesta. Cien pesos a que no me atrevería a pasar solo toda una noche en el Cementerio Apostólico. Rehusé la apuesta. Cualquier cosa, cualquier ser es capaz de llegar a intimidarme más que los muertos. Una rata, un tintero, si se quiere. Pero los muertos, ¿por qué? Considero tan absurdo el miedo a los muertos, como el miedo al número 13, o a pasar bajo una escala. Es algo que no me cabe, que no está en mí. Rehusé la apuesta de plano, a fuer que el otro me dijese las lindezas que ya Pedro preparaba anoche para lanzarme. Pues — y esto es lo que quiero repetir hasta el cansancio — una cosa es que los muertos nada puedan hacerme, ellos, directa, personalmente; y otra es — ¡otra muy distinta! — que yo nada me pueda hacer a mí mismo al encontrarme de noche rodeado de muertos. Sé, perfectamente sé, lo que soy en relación a mí mismo cuando

voy por esta calles, cuando paseo por los campos o asisto a teatros y cines. Pero, ¿cómo voy a saberlo para cuando me encuentre solo, de pie en el centro de un cementerio y a obscuras? Lo único que sé de ello es el sinnúmero de argumentos con que se tratará de ridiculizarme. Por ejemplo, vaya uno: "Señor, desde el momento que usted sabe, siente, ¡sabe, qué diablos!, que nada pueden los muertos en contra suya, ¿por qué temer algo de usted, ante los muertos? ¿Por qué no temer igualmente frente a esa silla o ese sombrero?"

Empezaría por responder que no se crea que las tengo todas conmigo respecto a mí frente a una silla o a un sombrero. Naturalmente el peligro en este caso se hace tan remoto que igual equivaldría decir inexistente, pero en teoría — sí, esta es la palabra: en teoría — no existe imposibilidad para que un señor cualquiera, por lo tanto yo, pierda el juicio frente a una silla o a un sombrero.

Pero concretémonos al cementerio, que por él se aclarará el resto.

Vamos a los hechos, a los hechos como podrían haberse producido: estoy solo, de noche, en el cementerio. Estoy, pues, en una situación completamente inusitada en mi vida. Porque en ésta, cuando estoy solo, no es un cementerio y menos aún de noche; y cuando estoy en un cementerio, no es de noche y nunca estoy totalmente solo. Luego: una situación fuera de mis costumbres, fuera de todo cuanto me es y me ha sido habitual. En tal situación, lo lógico es que mi sensibilidad, mis nervios, se pongan a tratar de registrar ondas acordes con dicha situación, es decir, ondas fuera, diferentes de todo lo habitual mío. Total: yo allí, de pie, solo, a obscuras, en medio de un cementerio, con tumbas y tumbas por todos lados, en los mismos momentos en que debería estar entre sábanas, en paz, leyendo, mi mujer junto a mí, oyendo los ruidos habituales de la ciudad y fumando muellemente un cigarrillo y mi lectura. La parte pensante y consciente mía se pondría indiscutiblemente a decir: "¡Vaya una

tontería la que he hecho!" Dicho lo cual, cae de su peso agregar: "No debí haber hecho esto; esto no debe ser". Así, pues, mi parte pensante ya está colocada en la confirmación y seguridad de que aquello es lo contrario de lo que debe ser. Y no diré más sobre esta parte. ¡A la otra!

Mi parte inconsciente, mis nervios y antenas que no rijo, los que tan sólo me envían mensajes disfrazados, brumosos, que asimilo sin descifrar, esa parte, ante lo inusitado del ambiente, se preguntaría: "¿Qué es todo esto?" Y se afinaría, se aguzaría hasta la estridencia para percibir hilos más sutiles, más y más, que algo le explicaran.

Tal serían, digamos, mis componentes en las primeras horas. Ellos darían un estado de ánimo más o menos así: mi parte pensante, al desaprobear, al estar descontenta, se debilitaría, estaría menos apta para cualquier defensa; la otra, al irse aguzando, tomaría de más en más fuerza y dominio, estaría más pronta para percibir y coger cualquier vibración inusitada. Lo que me gobierna en mi vida habitual callaría debilitado; lo que en la vida habitual calla manteniéndose en su justo sitio, se amplificaría sensible a cuanto ocurre más allá del rutinario rodar de los días. Y el todo: yo, arrepentido por un lado, desconfiado y alerta por el otro.

Así podría pasarse la noche entera, así podría amanecer y luego yo tener cien pesos en la cartera. No lo dudo.

Pero, hay un pero. Si en tal situación se produjera allí en el cementerio, fuera de mí, en la realidad, sí, en la realidad "de fuera", un hecho repentino e inesperado, como, por ejemplo, un poco de viento que levantara y echara sobre mí una hoja de diario, o bien un conejo que ¡zas! se precipitara por entre mis pies, ¿qué sucedería? Es lo que pregunto, ¿qué sucedería?

Es indudable que mi parte pensante, descontenta y amodorrada como se hallaba, tardaría en reaccionar, en despertar, en recobrar su dominio e implan-

tar la orden al todo de: es un papel, es un conejo. La otra, simultáneamente, en el máximo de su sensibilidad como se hallaba, vibraría veloz frente al hecho, deseosa de revelarse y de revelar. Y ante esta aumentada desproporción de ambas, al crecer mi inconsciente, crecer desmesuradamente — ya que la realidad misma lo nutría — y naufragar mi consciente aplastado por aquél y por no haber podido enviar su mensaje de realidad “papel-conejo”; el instinto animal, sujeto en las calles asoleadas, encontraría ahora cómo manifestarse sin tropiezos y un grito, un grito de desastre, se escaparía de mi garganta.

Uno oye sus propios gritos y oye su eco también.

Con el pensante por tierra, con el inconsciente de amo, con el instinto libertado, a mis oídos llegaría un grito — no *mi* grito—, un grito de noche entre las tumbas.

El instinto despertaría, espolearía al instinto, de modo que al haber oído un grito de terror, no habría habido más que una realidad para mí — gritos — y mis piernas se habrían desatado.

¡Correr, correr! ¡Correr, gritar!

Correr por haber gritado; ahora gritar por el hecho de ir corriendo.

Porque en mi pensamiento, en lo que de él quedaba, no podría haber nada más que este raciocinio, nada más: “Voy corriendo; esto es verdad; desde el momento que voy corriendo, es porque razones habrá para ello”.

¿Y qué razones hay para que un hombre corra así, despavorido en medio de la noche? Únicamente el peligro, el peligro inminente, fatal, despiadado. Ante esto nada puede impedir otro grito. Y la cosa se repite.

Oiría el nuevo grito y él, al herirme los tímpanos, confirmaría el horror del peligro y al confirmarlo las piernas redoblarían su carrera. Y este redoble confirmaría. Y esta confirmación gritaría.

¡Correr! ¡Gritar!

Hasta el naufragio total de la última luz de razón.

Veo siempre mucha gente escéptica ante lo que para mí es punto menos que inevitable. Pues me han de preguntar:

—Terror, espanto, ¿de qué? Todo lo anterior puede, por cierto, producirse, pero para ello es indispensable que haya una causa primera. Aquí no puede ser otra que el miedo a los muertos. Aquello de encontrarse en situación inacostumbrada, no es suficiente. Y asegura usted, que a todo podrá temerle menos a los muertos. Entonces, ¿de dónde nace el espanto? ¿Espanto de qué?

Contestaría preguntando a mi vez:

—¿Puedo saberlo yo? De acuerdo que he contado “cómo” las cosas pasarían, mas que no he dicho palabra de “por qué” ellas pasarían así. Pero, ¿cómo saberlo? Saberlo, sería conocer todo mi ser entero, todas sus partes y todas las afinidades que estas partes pudiesen tener. Y esto se halla en la más absoluta imposibilidad al menos mientras yo sea, mientras seamos todos, esta etapa que llamamos hombre. Si conociera mi inconsciente, dejaría éste de ser tal. Si supiera mis instintos, igual cosa. ¿Y cabe concebir un hombre sin inconsciente y más allá de todo instinto? Si cabe concebirsele, pues bien, confieso que ello no es lo que a mí me ocurre, y cuanto a ser yo ese hombre, ni para qué decirlo, ni para qué insinuarlo. Conozco apenas lo que me revolotea por la conciencia. Apenas, apenas. Y, ya lo he dicho, lo conozco a condición de pasar junto a tales conocimientos, distraído, rozándolos, contento con llevar dentro, toda la vida, una noción nebulosa, indefinida, de toda cosa que se me haya antojado llamar realidad.

Pues bien, cuando el amigo en cuestión me cruzó la apuesta de los cien pesos, supe instantáneamente que, una vez solo, cara a cara conmigo mismo entre los que ya no son, supe que sentiría la enorme parte

mía inconocible como libertada de las cadenas que, mal que mal, le echa esta otra parte que soy cuando pienso. Y ya libre, no lo dudo, trataría de pactar alianzas que le cimentasen permanentemente esa libertad.

Supe, además, que bastaría de bien poco — un papel, un conejo — para que la alianza se pactara y sellara. Pues si los hechos que se produjeran fuesen con ella afines, ya se ha visto desatarse la fatal sucesión creciendo, es decir, mi perdición.

—¡Vaya un fenómeno extraño! — se me argüirá ahora.

¿Extraño? Tal vez si se le considera por el número de veces que ocurre, que es relativamente escaso. Pero ante esto vuelvo a decir lo mismo, que ante la posibilidad de hallarse tras el sofá algo gelatinoso, con patas: desde el momento que no hay una prueba fehaciente que haga imposible la presencia de tal cosa en tal punto, tal cosa puede hallarse en tal punto, puédelo en proporción de uno a cien, de uno a mil, de uno a un millón o más; no me importa. Lo único que deduzco es que lo puede y me basta. Y no hay tampoco prueba fehaciencie alguna para demostrar que esa proporción uno, no vaya a realizarse conmigo.

Permitaseme más: hay, por el contrario, pruebas — no exageremos—, indicios, digamos, para que se realice conmigo. ¿Por qué? No sé si la respuesta satisfaga; para mí es harto suficiente: porque así lo sentía yo. ¿Débil? No. Puesto que toda esta sucesión de fenómenos es, al fin y a la postre, una sucesión de estados internos, creo que la opinión del sujeto que lo va a experimentar es de alto valor por la muy simple razón de que su opinión misma es ya parte de la próxima sucesión de fenómenos.

Pero, en fin, dejemos de lado si esto ha de ocurrir una vez sobre diez o una sobre un millón. Dejemos de lado si, de ocurrir, ha de serlo conmigo o con otro. Es algo diferente lo que quiero decirles a los que me arguyan imposibilidad o siquiera extrañeza en tal cosa.

—Señores — les diría—, ello ocurre todos los días, a todas horas, con todos los hombres por muy plácidos y beneméritos que sean. Ocurre y voy a decirles a ustedes cómo ocurre. Que no se llegue a finalidad es otra cosa, es la de uno a diez, de uno a un millón. Esto, ya lo he dicho, lo he dejado de lado.

Un buen señor — el barrigón de la sala de espera, por ejemplo — va tranquilo de paseo. Lleva todas sus partes constituyentes en perfecto equilibrio. La consciente, registra levemente y con distracción lo que, a su paso, van percatando los sentidos. Dicen los ojos: “¡Qué lindo ilumina el Sol!” Responde en eco su consciente: “¡Qué lindo ilumina el Sol!” Dicen los oídos: “Ese canto es de un zorzal y aquello, sin duda, el tren que pasa”. Y el consciente dice: “Ese canto es de un zorzal y aquello, sin duda, el tren que pasa”. Dice su paladar: “¡Jesús, qué cerveza infame!” Y llega la confirmación: “¡Jesús, qué cerveza infame!” Dicen sus pies: “Agradable pisar tierra tan blanda”. Y el eco: “Agradable pisar tierra tan blanda”. Dicen sus narices: “Huele a queso”. Y lo pensante confirma: “Huele a queso”.

La parte inconsciente, desalentada, dormita. A veces, de tarde en tarde, se yergue sacudida por la creencia de una posibilidad de poder actuar. ¡No! ¡Falsa alarma! Era olor a queso, nada más. Vuelve a dormir. Se forma, en definitiva, una entente cordial, aburridísima por lo demás: la primera será soberana de todo el cerebro del panzudo y esto, mientras dure su vida; la segunda, se contentará, desde atrás, con dar líneas generales, líneas de conjunto, directivas amplias. Sellada la entente cordial. El gordo sigue su paseo, regresa a casa y explica los rayos de Sol, el cantar de los zorzales, el trago de cerveza, la bondad de los pavimentos, los aromas dudosos.

¡Sí señores! Así pasean los entrados en carne y los flacos también. Pero, créanme ustedes, la cosa no ha sido únicamente así. La otra dormita, sí, pero dormita como lo hacen los perros guardianes. Al menor

descuido de nuestro hombre, aprovecha la más insignificante singularidad del ambiente y le hace señas. Dos colores, dos formas, que el Sol coge, revuelca, amalgama, transforma, dos, que, sin borrarle a los objetos su identidad, hacen que los pintores se detengan, pinten y piensen que acaso todo el universo hubiese podido ser como no es; cuchichéaselo el inconsciente también al gordo. El gordo se alarma. El gordo pregunta: "¿Qué? ¿Qué dicen? ¿Cómo cómo?" Entonces el consciente, amo de la situación, se avanza: "¡Nada, señor mío, nada! Es paja que recibe Sol, pasto que no lo recibe, un muro de ladrillos no violeta, color ladrillo solamente, formas de árboles, eucaliptos, sí, amigo, eucaliptos y nogales que dan nueces, y nada más". Pasa la alarma. El gordo piensa: "Sí, sí, sí. Deben vivir bien los dueños de tanta cebada y alfalfa; el ladrillo pasará con el advenimiento del cemento; si yo estuviera en el gobierno, no permitiría la corta de un solo eucalipto; las nueces no las he podido tragar jamás; prefiero las almendras".

Y sigue su paseo. Tal cosa se ha manifestado apenas con una ligera arruga del entrecejo o un levísimo titubeo en el paso. Sigue el gordo y clavará por tierra su bastón con un golpe, uno solo, más enérgico que los anteriores. Sigue. Atrás ha dejado al pintor, detenido, bloqueado. Lo ha dejado enredado en las mismas preguntas, pero pidiendo, rogando, que le sean formuladas nuevamente y por largo rato. "¿Qué se ha dicho? ¿Cómo fué?" Ahí se queda, se quedó. El panzudo al regresar, compra un paquetito de almendras.

Todo ello, desde el cuchicheo hasta el bastonazo enérgico, no hadurado más de un centésimo de segundo.

O el grito del zorzal o lo que sea. Vuelve el hombre a fruncir el entrecejo. Se le han balanceado por las puntas del cerebro mil evocaciones de pasados remotos. O la tierra blanda. Se le han encaramado, a través de los zapatos, mil relaciones insospechadas que, cogiéndolas e hilándolas, envolverían un pedazo de mundo entero, mas que se dejan pasar. Es mejor. ¿Pasados

remotos, relaciones insospechadas? "No, amigo, los pájaros cantan y siempre han cantado; es agradable pisar la tierra blanda con tal que no lo sea mucho, pues entonces se dificulta la marcha".

Sigue siguiendo el panzón. Un poeta se habría enredado. El panzón regresa a casa. El pintor y el poeta, no. Mas como hay que regresar, cueste lo que cueste, para desenredarse, el primero hace una mancha, el segundo un poema.

Las cosas pasan así, señores míos. No sólo para poetas y demás. Estos ya están entre ambos modos. Así, para todos. Para todos, a todo momento suenan los llamados. Mas todos a todo momento nos nos detenemos ni nos fijamos lo suficiente.

Para todos, y para mi panzudo de la sala de espera también. Lo que hay es que a nuestro panzudo no le ha sonado aún la hora de volverse loco.

Pero, veamos, señores, ¿van ustedes comprendiendo ahora que ante una silla o un sombrero no siempre las tenga todas conmigo?

Mas no se trata de esto. Veamos.

Temí, cuando la apuesta, detenerme y fijarme lo suficiente.

Vuelven a rebatirme:

—¿Por qué allí iba usted a fijarse lo suficiente, usted que circula por entre todas las evocaciones y relaciones de la luz, de las músicas, de los sentidos todos, circula y sigue sin temor? Temiese a los muertos, nada refutaríamos. Mas, usted mismo dice...

—¡Vuelta a lo mismo, santo Dios! El miedo a los muertos... No se trata de tal cosa, señores míos. Se trata de que en un momento dado, estuviese yo en un cierto desequilibrio interno o, si quieren, en un equilibrio diferente, no habitual para mí, con mis guardias conscientes debilitados, con mis demonios inconscientes en libertad. Entonces cualquier cosa, un conejo, un papel, podría desatar...

—Podría desatar...

—Eso es.

—Mas, desatar, ¿qué? Usted no teme a los muertos, así es que falta la base, falta qué cosa desatar.

—Señores míos, de acuerdo, no temo a los muertos. Pero, ¿puedo saber cuántos miedos míos duermen anidados en el fondo inconsciente de mi ser? ¿Puedo asegurar que no existan, porque hasta hoy no se me han revelado? Me basta remontarme por pocas generaciones para hallar en todos mis antepasados el pánico a los muertos. Me basta suponer lo que ha debido ser mi niñez con aquellas viejas brujas que me cuidaban, para no dudar que aun personalmente debo haberles temido. ¿Dónde están hoy esos temores? Han de estar, señores míos, han de estar. No saldrán a flote mientras el ambiente de las circunstancias en que los rueda no les sean propicios para tonificarse y dobligar mis sesudos pensamientos. Pero como que empiece con semejante temeridad a buscarles oportunidades, puede que encuentren, de súbito, justo la exacta que les convenga y entonces no habrá fuerzas que puedan retenerlos y se desparramarán. Sí, señores. Se desparramarán, porque habrán encontrado fuera, una vez mi consciente sesudo adormecido, el medio dentro del cual las creencias que los originaron — a ellos los terrores sin límites — sean viables, vuelvan a ser razonables, calcen bien — ambiente, creencias y terrores.

Señores, puede ser que un cementerio de noche no sea el medio propicio para desatar tanto mal. Aun me inclino a creer que no ha de serlo. Si lo fuese, no me negarán ustedes, habría en ello algo demasiado primario, algo demasiado razonable para nuestra razón cotidiana: miedo a los muertos, cementerio, noche, tumbas, soledad. Me inclino a creer que no ha de serlo. Por eso muchas veces he sentido un marcado temor al ir a abrir una puerta o al mirar bajo mi cama. Mas, ¡vaya uno a saberlo!

Lo único que sé, que sé firmemente, es que cuando dos — no digo más: dos — se juntan con justeza, con total justeza y con la suficiente potencia y duración, nadie puede prever adonde se va a llegar.

¿Comprenden ustedes ahora, les repito, por qué no hay que fiarse mucho ante una simple silla o ante un simple sombrero?

Y ahora volvamos, señores, volvamos, por favor, al sofá esquinado del salón del palacete de mis padres.

Nadie podrá negarme que la cosa era ahí algo más aguda que ante sombrero y silla, que era acaso tanto como pudo haberlo sido en el Cementerio Apostólico. Sí, acaso tanto, por la muy clara razón de que mi buen cerebro no atinaba a formarse una construcción lógica con los elementos dispersos que en el salón había: las risas, lo inusitado de la proposición, la sospecha gelatinosa mía, el señor cónsul del Uruguay...

Mi cerebro no me proporcionaba la defensa necesaria para reaccionar rápidamente ante el comienzo de la sucesión creciente que pasa por una carrera desenfrenada y termina, allá en la punta, con un hombre insensato.

Lo único que me había proporcionado era que aquello tenía que ser de gelatina. Sí, de gelatina. Por eso, anoche, en el salón, me robustecí en esta idea: tras el sofá sólo puede haber algo gelatinoso y lo peor que podría acontecer es que tuviese patas y fuese de color concho de vino.

Así me robustecí intensamente. Tanto, que a punto estuve de avanzar y mirar.

Mas, fué precisamente esta fe ciega la que me impidió todo movimiento. Pues — ¡salvación mía! — alcancé a hacerme este raciocinio antes de dar el primer paso.

“Todas mis precauciones han sido tomadas para el caso de que aquello sea de gelatina. Si lo es, habrá lucha mano a mano. Mas, ¿si no lo es? ¿Si acaso es de algo que sea completamente lo contrario o de algo que hasta ahora no me haya podido imaginar?”

Señores, en tal caso, junto con ver me hallaría— allí inclinado sobre el sofá — desnudo, indefenso, listo para ser presa del inconsciente libre, a merced de

cuanto lleva consigo anestesiado por el ruido de las gentes de esta ciudad.

¡Prudencia! ¡Prudencia! Debe pensarse, además, señores, que no puedo yo disponer enteramente de mi existencia. Yo soy casado, señores. Tengo responsabilidades y deberes que cumplir. ¡Prudencia ante todo!

—¡Y bien! ¿Vas a ir o no vas a ir? — preguntó mi hermano.

Le respondí:

—No.

—¡Eh! ¡Pajarillo desplumado! — exclamó—. Señor cónsul, querido padre, han perdido ustedes.

Y todos rieron con suavidad.

Acto continuo se pusieron a hablar de asuntos corrientes compartiéndolos amistosamente con nosotros. Mas yo, en un momento en que alzaban las voces, me acerqué a mi mujer y a media voz le pregunté:

—¿No crees tú que basta de apuestas necias y de sofás esquinados?

—Basta ya — me respondió.

—Entonces, te lo pido, ¡vamos! ¡vamos!

—Sí — repitió — ¡vamos! ¡vamos!

Bajábamos la escalera del palacete cuando de lo alto llegó a nosotros la voz de papá:

—¡Hijos! ¡Aguarden un momento! Voy a enca- minarlos algunas cuadras.

Esperamos fuera, a dos pasos de la puerta de calle. Papá tardó tres minutos. Antes de salir, se quedó un momento hablando con los porteros. A la luz de la habitación de éstos, pude ver que se había puesto un sombrero hongo. Primera vez, en sus 65 años, que se tocaba así. Papá tiene la más completa colección de sombreros sueltos, tres jipijapas, un clac, dos chisteras negras y una gris, varias gorras, cuatro cucalones, un pajizo, tres boinas y seis gorros de noche. Pero un hongo, ¡jamás! Tanto, que pensé que tal vez por distracción hubiese podido tomar el sombrero del señor cónsul.

El momento de charla con los porteros se prolongó cuatro minutos más. Al fin le oímos desearles las buenas noches y papá avanzó hacia nosotros caracoleando su bastón. Se detuvo un instante en el umbral considerando los sombríos edificios de enfrente. Luego dió un paso hacia adelante. Junto con darlo, llovió.

Una lluvia fina y monótona. Por entre ella nos encaminamos agachados. Yo pensaba únicamente en el hongo de papá que se estaría mojando y, de seguro, destilando. Y además, en los intervalos, pensaba que, en buenas y claras cuentas, San Agustín de Tango es una ciudad harto estúpida.

No llegué luego a comprender que, siendo la ciudad de tan marcada estupidez, un hombre, un caballero, todo un señor, se complaciera en pasear un hongo por sus calles, en una noche lluviosa.

—Papá — le dije—, ¿por qué no te vuelves a ca-

sa? Con esta lluvia puedes atrapar un resfrío, hasta una gripe. Un hongo no es bastante para preservarle a uno de tales males.

—No debes hacerme observaciones de ninguna especie — fué su respuesta y siguió tranqueando junto a nosotros.

La suerte de aquel sombrero me oprimía el alma. No me atrevía a mirarlo, pero lo sentía destilando, gotear, cada vez más, acaso derritiéndose muy quedamente sobre la calva de papá, esa calva querida tantas veces besada por mí. Pero nada. Tranqueábamos, tranqueábamos los tres, salpicándonos mutuamente y sin vernos.

Frente a una luz, papá se detuvo. Nos detuvimos también.

Aproveché entonces aquel momento para hacerle una pregunta. Era sobre algo que de tiempo atrás me venía mortificando y que esta vez, junto con oprimírseme el corazón ante la suerte posible del hongo, me iba obsesionando más y más mientras caminábamos.

—Papá — le pregunté—, ¿crees tú que si durante la gran guerra, en medio de la batalla, hubiese bajado hasta nuestra Tierra un habitante de Júpiter, habrían seguido peleando los ejércitos?

—Te he dicho que no admito observaciones; menos aún preguntas.

Quedamos en silencio.

Al fin nos dijo:

—Bueno, hijos míos, sigan. Yo me vuelvo.

—¡Adiós, papá! — dijimos al unísono.

—Adiós y ni una observación más, jamás.

Seguimos del brazo mojándonos las manos.

Le dije a mi mujer:

—Bueno; ahora es culpa de él si la lluvia lo deprime. Creo que ya nada de su salida nos incumbe. Otra cosa era cuando acompañaba nuestros pasos. Pero ahora, ¿qué? Desde el momento que se ha vuelto...

—Tengo un poco de frío — murmuró.

—Aquella luz es la Taberna de los Descalzos.

—Vamos allá.

—Un tilo caliente nos caería muy bien.

—Muy bien.

La Taberna de los Descalzos está siempre igual. Vi con cierta tristeza la mesa que una noche, acaso lluviosa como ésta, ocupó el malogrado Malleco con su amigo revelador de los misterios del amor.

Pedimos dos tilos que empezamos a beber en silencio.

—Un momento — le dije a mi mujer—. Vuelvo en seguida.

Bajé al urinario. Apoyada la frente en el antebrazo derecho, dejé que, a su gusto, se vaciara la vejiga. Miraba yo los cinco pequeños agujeros labrados en la loza blanca: uno arriba, otro abajo, uno de cada lado, el quinto al centro. Se trata de irse por cada uno de ellos sucesivamente, girando como las manecillas de un reloj, mas sin tocar el del centro.

Pues bien, en la tercera vuelta, cuando estaba en el agujero de la derecha y se trataba de pasar al de abajo, una mosca se detuvo bruscamente en el borde del mismo lado de la taza. Bastaba con un ligero movimiento, con tal que fuese rapidísimo, para dar sobre ella y aniquilarla. Pero si así procedía, las manecillas del reloj no seguirían su marcha. Había, pues, que optar o por las manecillas o por la mosca.

Un punto: la opción tenía que ser rápida, instantánea, mejor dicho, puesto que cualquier vacilación se trocaba en tiempo diferente: tiempo de marcha para las manecillas, de detención para mí al no decidirme. Y al diferenciarse así este tiempo, al bifurcarse, su unidad se quebraba en dos, siendo una parte la que seguía "siendo"; la otra, una separada a ella. Vale decir la otra fuera del tiempo.

Si hubiese ido sin vacilación hacia la mosca, nada esencial se hubiese producido, pues al no vacilar, o sea al no producir detención alguna, el tiempo habría seguido siendo el mismo, aunque llenado con otra

cosa: no ya agujeros de una taza, sino una mosca desplomándose. Y en la vida, por lo tanto, habría habido sólo cambio de elementos, de objetivos, mas dentro de una unidad, y de ningún modo una alteración fundamental.

Pues bien, no dudo de que hubo, por mi parte, vacilación. Ella debe haberse producido, seguramente, en millonésimas de segundo. Que así haya sido, no quita que el hecho se haya producido. No quita que, por un millonésimo de segundo, o por lo que se quiera, el tiempo haya seguido girando, siendo, mientras yo ante él vacilaba. No quita que yo, al vacilar ya "en" él, no haya seguido siendo parte de él, ¡más aún!, él mismo, como de seguro siempre se es. Y al no serlo, haya quedado apto — por las mil millonésimas que se quiera; esto me es igual—, para ser golpeado por él y percatarlo.

No me cabe la menor duda de que tuvo que ser así.

Un punto ínfimo, seguramente en tamaño tan ínfimo como corresponde a la pequeñez del tiempo mencionado, del trozo entre el agujero de la derecha y el inferior, fué para mí como el espejo por donde el tiempo se me reflejó y por donde me circuló sin mí. Fué el puntito único, minúsculo, luminoso que se me descorrió.

Tuve, desde luego, la — no sé si decir visión o sensación; optemos por esta última— sensación de que las manecillas habían seguido solas su marcha circulatoria. Luego, al hacerlo, o sea al desprenderse de mí, tuve la sensación de un golpe en suspensión.

Me explicaré con un ejemplo que nunca me ha ocurrido, pero que mil veces he imaginado, sobre todo antes de dormir.

Estoy en una altura, al borde de un precipicio. Me lanzo a él. Caigo. Velocidad inimaginable. Mas, voy sujeto a la cintura por un elástico. El elástico se desenvuelve con mi caída a igual velocidad y en nada la disminuye. Pero es más corto que hondo es el precipi-

cio. Entonces llega un momento en que bruscamente me detiene. Déjese de lado que el elástico, al irse estirando, iría poniendo resistencia. En el mío no ocurre así, sino que se detiene bruscamente, instantáneamente, sin haber impedido en nada la aceleración de mi caída. Y sólo aquí, al detener la caída vertiginosa, se comporta como un elástico común. Se recoge y me suspende.

¡Huuuuup!

No puedo impedirme de poner "huuuuup". Perdón. Quiero poner la sensación entre angustiosa y deleitosa que súbitamente se experimenta con tal caída y tal suspensión. No se olvide que todo esto acontece sobre un abismo más alto que la más alta cordillera y a velocidades, ya lo he dicho, inimaginables.

Pues bien, al representarme esta imagen, es inherente a ella esta otra: todas mis ideas, mis recuerdos, mis experiencias, mi vida entera, el total existente en mi cabeza, consciente y subconsciente, en fin, todo, al ser yo suspendido, no lo es simultáneamente. Sigue con el impulso cayendo un tanto. Lo que se suspende es sólo mi cuerpo con, además, mis facultades de percepción. Entonces, por un instante, veo, contemplo, considero, allí abajo, desparramado, pero sin embargo, unido y simultáneo, mi total pasado. Lo veo allí, en un solo punto y de un solo golpe, lo veo, pues, sin la sucesión cronológica del tiempo. Allí, junto al día de mi parto, el momento mismo anterior a la contracción del elástico. Allí junto a ellos, todo cuanto entre ellos se encierra.

Mas luego, aquello desprendido y cayendo, obra como yo hace un instante: un elástico invisible de mi cabeza a ello, ha dado su máximo y se recoge. Aquello sube al mismo tiempo que el elástico mío, ya sin fuerza de contracción y presionado por mi peso, vuelve a alargarse. Eso sube, yo bajo. Chocamos, calzamos. Y el orden cronológico vuelve a estirarse serpenteando entre los estorbos cotidianos. Retrocede mi

nacimiento hasta el olvido; aquel instante del choque acaba de ser el último ocurrido en mi vida.

Es todo.

Casi noche a noche ejecuto este salto vertiginoso. Pero, por cierto, de una manera puramente imaginativa. No me refiero al salto mismo, no. De más decir que no voy al borde de ningún precipicio, etc. Tal cosa, por descontada. Al decir puramente imaginativa me refiero a que quedo, al ejecutar mentalmente tal salto, hasta cierto punto ajeno al señor que hago caer, a pesar de que dicho señor no es otro ni puede ser otro que yo mismo.

Soy yo mismo y "trato" de imaginar lo que iría sintiendo al caer. Este "tratar" me pone ya algo ajeno. Luego viene la suspensión, el punto culminante. Aquí viene la sensación del desdoblamiento de que he hablado, su absoluta posibilidad, más aún, su carácter inevitable y, con ello, hasta la sensación nítida de la presencia de todo un pasado libertado del tiempo y apareciendo en simultaneidad.

Sí; la sensación con certeza de ello, mas no el pasado mismo. Nada de él veo, no aparece ni mi parto ni mi infancia, ni se aviva ningún recuerdo oculto. Es sentir su inevitable posibilidad sin por ello presentarse el fenómeno mismo.

Pues bien, ayer por la noche, en los urinarios de la Taberna de los Descalzos, vino el fenómeno mismo, fué visto, lo vi, sentí y penetré a través de aquel millonésimo de puntito en aquel millonésimo de segundo.

Cuando el tiempo siguió corriendo, hecho realidad para mí con la presencia de dos manecillas invisibles; cuando yo me zafé de él por una vacilación suspendida ocasionada por la presencia súbita de una mosca; cuando ello ocurrió, una chispa instantánea brilló conteniendo el fenómeno hasta entonces imaginado y nunca visto.

Mas fué pequeño, pequeñito. Nada de partos ni infancias ni años ni siquiera meses. Fué tan sólo un día, uno solo, el de ayer.

En ese segundo triturado hasta su mínima duración, simultáneos, compenetrados, pero sin la más leve confusión, aparecieron todos los hechos del día, aislados y nítidos, y sin ninguna sucesión cronológica. Y al aparecer así — esto fué mi estupor, mi dicha, mi éxtasis, mi delirio sumo—, vi, sentí, supe, por fin, la vida, la verdad despojada de cuanto engañoso, de sensacional, digamos mejor, de cuanto la limita dentro de un suceder inexistente.

¡Un suceder inexistente! Sí, es así; ahora sé que es así.

De todos los hechos de ayer vi lo que eran, lo que son. Vi qué fué lo que antes me había hecho verlos desgranándose. Eso es: desgranándose dentro de algo lleno. No. Habían sido, son sin dentro.

Pero no puedo decir lo que son, lo que allí vi. Diré más tarde la causa de este silencio forzoso y, para ello, tengo que decir primero cómo, apenas transcurrido aquel millonésimo, volvieron las cosas a seguir, siguiendo.

A ello, entonces.

Ya lo dije: aquello fué felicidad, delirio, éxtasis. Al fin sabía. Entonces vínome la imagen de la que es la compañera de mis días junto a su tilo caliente. Y me azotó las narices el campo adormecido que aguardaba arriba en la taza del mío.

Un tilo caliente es muy buena cosa. Más aún cuando se piensa que entre sorbo y sorbo se le revelará a Ella la Verdad.

Había que subir. Me apresuré. No recuerdo dónde terminé la meada. Por lo demás, la mosca se había ido.

Llegué. Mi tilo humeaba. Mi mujer miraba el aire. En la mesa del malogrado Malleco, dos tipos charlaban bebiendo ron.

Al divisarme, mi mujer me preguntó:

—¿Qué te pasa? Vienes como un iluminado.

—¡Un momento, un momento! — le respondí—. Tengo la clave de todo. Pero, mitad mía, éste no es el sitio para tamañas revelaciones. Déjame antes que

nada beber mi tilo. Luego... ¡verás!

Bebí con calma y con fruición. Esperé algunos minutos. Encendí un cigarrillo. Le pregunté.

—¿No crees tú que, en vista de tal revelación, no debemos permanecer más tiempo aquí? Nuestro hogar nos aguarda. ¡Nuestro lecho! Media luz... Sí, mujer mía, basta de tilos y tabernas. ¡Vamos a la revelación, vamos!

Respondió quedamente:

—Basta de tabernas, es verdad, basta de tilos. Viene la revelación. Así es que ¡vamos!

Yo arriendo un pequeño departamento en la cité del Altar número 9, cuarto piso.

Apenas llegamos, le dije a mi mujer:

—¿No crees tú que el centro de nuestro hogar es nuestro lecho? Ya acostados, paralelos a la tierra, ¡qué calma! Media luz y te revelaré lo que sé.

Una vez en cama la llamé junto a mí y le dije:

—Espera un momento en la habitación vecina. Déjame unos instantes solo. Déjame volver a traer ese momento a mi mente, clarificarlo y luego te hablaré.

Apagué todas las luces al quedar solo. Entonces, en imaginación, volví al urinario y me dejé golpear sobre el paso del segundo al tercer agujero.

Golpeé sobre él, boté, los agujeros se columpiaron debajo de mí, me columpié sobre ellos y a la primera separación, aquello revoloteó alrededor de mi cabeza, se estrelló algunas veces contra ella, revoloteó, voló, partió.

Como la mosca del meadero. Sí, como ella, partió. Aquí, con cierta sorpresa, recordé que a esa mosca la había visto marcharse, me había fijado en ello, en su partida. Es decir, había visto lo siguiente: había estado viendo un punto negro sobre la loza límpida; instantáneamente cayó un punto blanco sobre el punto negro y la loza fué, con la misma instantaneidad, totalmente límpida y sobre todo blanca. Tal fué lo que vi, no más. Cuanto a lo que pensé, es otra cosa. Pensé que al haber caído un punto blanco sobre el negro, una mosca tenía que haber emprendido un vuelo y, de ser así las cosas, tenía que ir la mosca mía en esos momentos por los aires. Entonces giré los ojos y vi, en efecto, pasar desapareciendo la mosca en cuestión. Y todo ello me dió una sensación de gran seguridad al

haber constatado que los hechos se habían realizado con una lógica de sucesión inquebrantable.

Así se había marchado aquella mosca. Lo curioso es que así también sentía ahora que se marchaban, desapareciendo, mis conocimientos adquiridos en el instante de la suspensión mía y de la bifurcación del tiempo. Así sentía que se me marchaban. Mas quise que ello fuese, no como una mosca, sino como tres. Con un cerebro vacío, entonces, con una necedad completa, las seguí en sus vuelos. Me dije: una va por el corredor, otra entra al baño y se lava las manos, la tercera ha salido por una ventana abierta y planea sobre el patio interior. Y al decirme así, sentí que enrojecía ligeramente, avergonzado de que un hombre pudiese pensar que sus conocimientos fuesen como tres mosquitas volando fuera de él. Y sobre todo me avergoncé de que ese hombre fuese yo, ni más ni menos, yo.

Hace falta, en verdad, un cerebro bien vacío para que salten de él pensamientos semejantes. ¿A qué dudarle? En un momento quise creer que, al fin y a la postre, no dejaba de tener su cierta gracia eso de ver un profundo conocimiento convertido en tres mosquitas y que una de ellas, es decir un tercio de él, estuviese en la sala de baño lavándose las manos. Pero esto no duró, ni siquiera logró asentarse más de un segundo. La verdad era otra: el cerebro se me vaciaba y yo seguía marcha hacia la necedad. ¿Pruebas? Aquí van:

El mundo entero, el real, había entrado a mi habitación junto con escaparse los tres bichos. Estaba nuevamente allí envolviéndome y compenetrándome. Oía ahora todos los ruidos que había y los ubicaba espontáneamente en el espacio: aquí mi respiración imitaba un fuelle suave; la cama crujía con cualquier descuido de mi cuerpo; allí rasguñaba una cucaracha en algún desperfecto del empapelado; fuera, gente hablaba en el patio interior y, al hablar, reedificaban el edificio entero que alumbraba algunas ventanas que formaban la cité del Altar que desprendía calles hacia todas direcciones que sonaban a su vez: un auto, un

tranvía, un murmullo constante de todos ellos con todos los habitantes de esta ciudad; mi mujer allí al lado: su cabellera es castaña, sus ojos dormidos; la habitación vecina es perfectamente cuadrada; tengo dos muebles de caoba; papá vive en la calle de los Sagrados Corazones; yo toco con las yemas de los dedos la sábana; el día de hoy está por terminar, el anterior pasó, vendrá el de mañana y vendrá luego otro más y otro y otro y yo sobre ellos seguiré moviendo los pies para no caer de bruces. Oigo, veo, siento todo. Hay cierto olorcillo a camelias. Oigo, veo, siento, vivo. ¿A qué dudar que el cerebro se me ha vaciado como vaso comunicante hasta el nivel de la realidad? ¡Adiós urinarios todos! Sabía yo que siempre mis mejores ideas, mis más vastas percepciones, me habían venido en ellos mientras, la frente apoyada en el antebrazo derecho, dejaba a nuestra madre la naturaleza pasar y correr a través mío. Ahora estaba en cama para levantarme al día siguiente y volver a ella por la noche. Para comer, saludar, comentar, soñar, bostezar y amar y al final dormir para poder despertar y poder recomenzar día a día, codo a codo, hueso a hueso con mis semejantes, con el aire, con el suelo y con vivir.

Entonces, ¿cómo era la cosa? Repito en vano. Los cinco agujeros, la mosca y demás. Todo eso es un hecho solamente que nada hace retumbar en mí.

Mi mujer espera en la habitación vecina.

Vamos por orden, vamos por parte. Empecemos como en todo, para llegar a buen fin, por el principio. Veamos.

Empezó el día con la cuestión de la guillotina.

(Aquí recordé, repasé todo, uno por uno cada uno de los hechos. Antes de hacerlo, recordé el proceso en contra del pobre Malleco. Este lo recordé en block, de un golpe. Mas, lo presenciado por mí, no. Aquí, repito, parte por parte, con tal fidelidad y precisión, que junto con hacernos el pequeño groom su última reveren-

cia, tuve que coger a mi mujer del brazo, y junto con cogerla, tuvo que aparecerse ante mí el Zoo de San Andrés y, sobre todo, tuve que precipitarme en él.

Y bien, ¿no era de eso de lo que se trataba? ¡Por cierto! Así es que vamos perfectamente).

El Zoo de San Andrés; claro está, el Zoo de San Andrés.

(Desfilaron las catorce leonas, los cinocéfalos. Uno a uno los recorri. Uno a uno, a tal modo, que vi varios más que en el Zoo no había registrado. Pasé por el canto, por todas sus alturas y todas sus profundidades. No perdí una sola de mis emociones. Las aguas subterráneas, los cuchillos, todo. Volví a vivir el entusiasmo pletórico que infundía en dos humanos el amalgamarse con cientos de bestias. Lo reviví con tal intensidad y justeza, que tuvo que venir y precipitarse la lógica ya ahora implacable de lo que había de venir y precipitarse por el hecho de haber así venido y haberse así precipitado en la realidad y por el hecho de haberme yo pegado, aplanado y deslizado en el cuerpo de ella misma. Si, si, se obscureció el peñón y los pájaros de nuestras voces, heridos cayeron por las gargantas. Tuvo que ser así y tuve, allí en mi lecho, que volver a sentir la desesperanza de una nube sombría tragándose todos nuestros encantos. Tuve que decir: "¡Vamos, vamos!" y, por el hecho mismo de haberse producido este sonido y haber resonado su eco, tuvo, allí cerca, que haberse escapado una leona).

La leona. Eso es. Viene ahora la leona. Parte por parte veamos la leona, ella y el avestruz. Eso es. El avestruz también parte por parte.

(¡Ya lo creo que fué parte por parte! Nada se me escapó. Cada parte la cogí, la apreté, la trituré. Y en cada una de ellas quedé asombrado de cuantas cosas más había observado y visto sin haberme fijado, sin

haber tenido ni la menor conciencia de ello. Era enorme cuanto había, en resumen, vivido en cada parte sobre todo si lo comparo a lo ya anotado aquí. Esto último no es nada. Por ejemplo: cuando el avestruz, al terminar la leona su salto, hizo aquel pequeño movimiento de costado, se recordará que él me evocó el movimiento de Belmonte frente al toro, al estar yo en la plaza con la bella Lucrecia. Pues bien, ayer por la noche, en cama, me fijé que en ese momento, mientras estábamos con mi mujer en lo alto del olmo gigantesco, al recordar al torero, había visto la plaza entera, había traído a mi memoria el costalazo violento de un picador frente a ese mismo toro, y también al Gallo al haber sido silbado por su miedo ante el toro anterior y, lo que es más, había nuevamente oído, con la rapidez del relámpago, las voces de los gaceteros al vender la hoja vespertina con la narración de la corrida: "¡Triunfo de Varelito y Belmonte! ¡El fracaso del Gallo!" Y la bella Lucrecia, junto con el gacetero decir Gallo, enciende su cigarrillo en la obscuridad terrosa de la habitación de nuestro hotel. ¡Nuestro hotel! Ahora — es decir, anoche en mi cama, no arriba del olmo; en éste había evocado hasta allí no más, hasta la llamarada del fósforo — ahora en mi cama volvía a aparecer entero, con todos sus detalles, nuestro hotel de Zaragoza, encerrando dentro de esa habitación terrosa y aún en la escalera y en el vestíbulo amarillo de agua, todas las perezas de Lucrecia y el hastío de siete días de la Virgen del Pilar. La Virgen del Pilar hacía floja a Lucrecia; Lucrecia bostezaba y se estiraba alargando y torciendo como a elásticos sus lascivias. Por eso en las mañanas de Zaragoza daba, mejor que nunca, los verdes enmohecidos de su cuerpo.

Los revelados por Rubén de Loa.

¿Rubén de Loa? Todavía no. Esto va mal, pues, falta el final de la refriega, falta el almuerzo. Me había

escapado sin quererlo, a los alrededores lejanos del día de ayer. ¡A la línea, a la línea!)

Terminó la refriega. Sin permitir ni un desvío a mi pensamiento, almorcé sintiendo nuevamente cada sabor de cada plato. Tan encauzada y definida está mi concentración que, a tropezones con la neblina, hemos llegado al taller del amigo.

(Hubo que ver aquí con qué seguridad caminé por las horas del taller. Una sola falla tuve, una casi falla. Héla aquí: fué al llegar, justamente a los verdes de Lucrecia. Se desparramaron más allá del taller. En éste, habían sido una evocación, una sola, un golpe, diría, de todos ellos durante nuestra vida común. Nada más. En cambio, ayer noche, lo repito, hubo un comienzo de desparramo: una parte del golpe total de sus verdes se aisló y tal parte fué, precisamente, las de las madrugada del hotel de Zaragoza. De modo que, al aparecerme, no pude impedirme que a su vez apareciera la llama de su fósforo, los gaceteros, la plaza de toros, el paso de Belmonte, el paso del avestruz, el olmo, nuestra carrera a él, el grito de pavor: “¡La leona!”, y aún nuestro caminar tranquilo antes de éste y después de los cinocéfalos. Es decir que, un punto más, y me voy en un retroceso incontenible hasta el despertar del alba, extremadamente de alba, para asistir a la ejecución del pobre Rudecindo Malleco. Y ya en ese extremo, Dios solamente puede saber hasta donde mi marcha retrocedida hubiese podido acarrearne. Mas sentí el peligro junto con alcanzar a asomarse, como un rayo, una cabezota de mono. Hice un esfuerzo violento, puesto un pie en el seguro verde del taller, otro en el intruso verde de Zaragoza y, sintiendo apenas, apenas, entre ambos nuestro almuerzo, sobre todo el cochayuyo con cebollas — que se me antojó podría hacerme daño—, sintiéndolo apenas, digo, hice, sí, ese violento esfuerzo y me lancé cabeza gacha hacia adelante, con tal ímpetu, que crucé sin vacilaciones, sin

distracciones, sin tentaciones, por todos los rojos de este mundo y del otro, hasta el último, y el miedo al machete del amigo nos hizo salir de aquel acuario y decir que bastaba ya de semejantes cosas.

Entonces nada pudo, nada habría podido impedir que se explayaran en mi cabeza la sala de espera con su gordo y la hermosa plaza de la Casulla.)

Sala de espera. Plaza de la Casulla. Aquí están.

(El esfuerzo anterior dió sus frutos. ¡Ni una desviación! Pasé por ambas nada más que sometido a ambas, a pesar de que cada detalle lo volví a coger y vivir, a pesar de que sentí que muchos de ellos estaban llenos de puertecillas de escape que abocaban a sendos senderos lejanos. Pero no. Seguro, cortante, férreo, pasé. A tal punto, que el malestar luego sentido lo atribuí sin vacilar a mi estómago vacío).

Restorán de la Basílica.

(¡Magníficamente bien! Porque no creo que pueda llamarse una desviación lo siguiente que, sea dicho de paso, se repitió al recordar la escena en casa de mi familia: pasó el salpicón de ave, pasó el valdiviano, el charquicán a la chilena y el panqueque con miek; pasaron con tal veracidad que pensé que aquello era exactamente como un buey que rumia. Digo yo que debo haber pensado así. ¡Ni lo sé! ¿Podrá haber habido entonces alguna falla? Lo único que sé es que por ahí entre el charquicán y el panqueque, vi, vi no más, sin pensarlo, una cabeza de buey con dos enormes astas. Es todo.)

Y henos en el palacete de mi familia, el sofá esquinado, el belitre de Pedro, etc. Henos por las calles con papá y llueve finamente.

(Aquí, como dije, una sola desviación, mínima, mí-

nima. Fué en el cementerio. Sin pensar nada, absolutamente nada, sin salirme del recorrido de lo pasado en casa, sin interrupción en el curso de ese recorrido, sola y súbita se presentó por un breve instante, la tumba aquella de lápida horizontal y lisa con una cruz amarillenta algo inclinada, donde yace, de dos años a esta parte, el polaco de la pequeña cigarrería al lado de la Prisión Legal, ese polaco socarrón a quien tantas veces le compré mis cigarrillos. Fué todo).

Así es que entramos ahora a la Taberna de los Descalzos, pedimos dos tilos y yo bajo a los urinarios.

(Se recorrió todo eso bien. No quiero decir más que eso: bien. La concentración fué perfecta, las distracciones no existieron. Lo que no me permite llamar a este recorrido ¡magníficamente bien!, es que, desde que cruzamos el umbral de la Taberna, empecé a sentir una ligera nerviosidad al presentir que se acercaba el momento culminante, el gran momento y que volvería, sin asomo de dudas, a ver y a saber lo que antes había visto y sabido).

La taza, los cinco agujeros, la mosca... El momento. ¡GLORIA!

(Sí, gloria. Porque volvió. Iba con tal seguridad y firmeza haciendo saltar cada partícula de instante, que cada una de ellas paría inevitablemente la siguiente. No habría habido fuerza posible que hubiese evitado la vacilación instantánea de la orina entre el agujero y la mosca. Todas las fuerzas encauzadas, concentradas, iban, bajo una sola voluntad, a ese punto, así es que ese punto estalló. Por lo tanto, gloria. Volví a desprenderme del tiempo. Gloria. Y a ese desprendimiento, vino a agregarse el momento actual con, antes, la subida de la escalera, el consumo del tilo, el regreso a casa, la cama. Volvió a ser el mismo más todo esto último. Es decir, el mismo, un poquito mayor.

Así es que pongamos dos veces gloria. Así: gloria, gloria. Muy bien. Pero aquí vino una pequeña desviación: el recuerdo de que todo este trabajo había sido para llegar nuevamente al "momento" y dárselo a mi mujer cogiéndolo a dos manos. Por lo tanto, indiscutiblemente, sonaba ya en mi vida el momento de coger el momento. Sentí cómo un nombre, el de ella, Isabel, casi se formó empezando a echar las primeras bases para la proyección de una I. Mas no llamé. ¡Qué silencio siguió en el departamento y en todas partes! No llamé:

Bajo una sola voluntad, esas fuerzas, encauzadas, concentradas, se avalanzaban con tal potencia que, a no dudarlo, aquella voluntad ya no era la mía. Ya era la voluntad propia del proceso interno que yo había desatado. ¡Oh, aquí quiero que se me crea que sufrí de un dolor lastimoso! Mi escuálida, mi pálida voluntad quiso, desgarrándose, asirse a los primeros fundamentos de la I para crearla produciendo las demás letras y entonces envolverse dentro de todas ellas como dentro de una armadura que, zafándose del torrente de la vida de todo un día, fuera en un grito a despertar a mi mujer y traerla aquí a ayudarme a detener el momento de toda sabiduría y toda sensación para, sobre él, construir lo que aún nos quedara por vivir!

Fué una lucha de un pigmeo contra un gigante. No fué, no alcanzó a ser lucha ninguna. No fué nada. Fué apenas ver pasar, por un mísero ciudadano inválido, el ejército invasor. No hubo posibilidad ni remota de llegar a la articulación de esa I. ¡Qué decir ahora de todo ese largo, de ese riel de nombre que puede, por el Ecuador, envolver la tierra: I-s-a-b-e-l! ¡Seis letras! Para cada una, férrea lucha, que ante la primera no tenía arrestos para empezar... ¡Nada!

Tuve que subir la escalera, subirla dichoso, radiante, y lleno del júbilo que llena al hombre que de lleno pasó más allá de los hombres, tuve, radiante, dichoso, que dilatar las narices y aspirar hasta más allá del fondo de todos mis recuerdos gratos, el aroma de los

campos que el tilo extendía sobre la mesa y ésta empujaba hacia arriba por el aire espeso a mis narices. Tuve que decirle a la imagen de mi mujer: "Nuestro hogar, nuestro lecho, media luz...", y lo que es más grave: "¡Vamos!"

Y volvimos a salir juntos y a marchar por las calles y a trepar por el ascensor y llegar a nuestro departamento de tan exacta, de tan misma manera, que me acosté pidiéndole a ella que, por sólo unos minutos, aguardara en la habitación vecina.

Las tres mosquitas volvieron a volar y una de ellas fué a la sala de baño a lavarse las manos. Entonces tuve que revivir lo de hace un rato y por segunda vez sentí que se me vaciaba el cerebro, se me vaciaba y me hundía en la necedad absoluta.

Este vacío debió ser bien completo, pues, inmediatamente sentí todo mi cuerpo reblandecerse e invadirme una languidez casi beatífica. Entonces, al no tener un cerebro activo que lo coordinara, el cuerpo se me aflojó. Temí luego que llegara a hacerse semi sólido y que pudiera, con la consistencia y la implacabilidad de un río de lava, desparramarse por ambos lados sobre las sábanas hacia los bordes de la cama.

Por precaución —¡vaya uno a saberlo!—, apreté los brazos contra el cuerpo, junté las piernas para mantener las formas que irían a desintegrarse al caer de quien les diera razón de ser.

Entonces el impulso adquirido de recordación volvió a encauzarse en mí y, como era él — ese impulso—, *revivir todo* lo del día, repetí ahora lo hecho ya ante el anterior vacío y tuve que decirme:

"Veamos. Empezó el día con la cuestión de la guillotina".

Entonces comenzó el desfile de todo lo ocurrido.

Comenzó con una ligera esperanza y con un fuerte temor. Con la esperanza de que esta vez, al llegar al urinario, fuese más potente mi voluntad y poder gritar el nombre de mi mujer para hacerla venir, contarle

mi sabiduría, sellar ésta en nuestras vidas y seguir vivo el azar, mas bajo la luz de un nuevo conocimiento. Con el temor de que fuese más potente la recordación del día, que su nombre no se articulara, que los hechos se sucedieran según la lógica de dicha recordación y que, por segunda vez pensándolo, por tercera vez en realidad, tuviera que subir en demanda del tilo, volver a casa y acostarme. Entonces tendría que acordarme que en realidad me había acostado, que al acostarme había quedado vacío —sintiendo que el cuerpo se aflojaba— y que entonces para poder coger el momento grande, había empezado desde un principio, había empezado con la guillotina, la guillotina que va al Zoo, que va al almuerzo, que va al taller, que va a la sala y a la plaza, que va a la comida, que va a casa de mi familia, que va a la taberna, que va al meadero, que va a los agujeros y a la mosca que rasgan el tiempo e iluminan, que... que, sin duda, me van a hacer trepar hacia el tilo, sin duda, porque así fué la verdad de cómo las cosas sucedieron. Con el temor de que toda vida, desde ahora hasta su último minuto, quedara circulando en esta cadena de hechos, cuyo último eslabón es el hecho de arrellanarse bien en las sábanas y evocar al primero que, al ser evocado, despierta automáticamente al segundo, que... en fin, el tercero, el cuarto, el quinto, el último, que es llamar al primero, que...

Y metido en este círculo, tantas veces como pasara —y serían tantas como tiempo viviera—, tantas reconocería mi momento único, querría retenerlo y tantas se me escaparía para volver y volver.

Con esa pequeñita esperanza, con este aplastante temor, los codos apretados, las piernas juntas, empezó.

La guillotina... ¡Cu-cú! Sí, todo, todo.

Las leonas... El resorte del león. Sí, todo, todo.

Los cinocéfalos... El canto. Sí, todo, todo.

La refriega... El olmo. Sí, todo, todo. Y la desviación de mi pensamiento también.

La desviación. Veamos.

Arriba del olmo fué el recuerdo del movimiento de Belmonte y el deseo de hablarle sobre él a mi mujer.

En cama fué el darme cuenta que allá en el olmo había evocado algo más, había evocado hasta la llama del fósforo de la bella Lucrecia.

Por fin, al darme tal cuenta, había venido la verdadera desviación. Se había agregado algo que no había ocurrido frente a los bichos en batalla: toda Zaragoza, la de esos tiempos, con las mañanas verdes de mi Lucrecia.

Pues bien, ahora, al pasar el círculo por segunda vez, las mañanas verdes de mi Lucrecia se amplificaron.

De un olvido terroso surgieron muchas amarras de mi vida de entonces. No sólo el hotel, no sólo la Virgen del Pilar. Toda la ciudad de Zaragoza se explayó y, al explayarse, alcanzó todos los sitios de España visitados por mí. Todo mi viaje aquel. Todas las gentes que contuvo. Todo lo que le adjudiqué de bueno o de malo a esas gentes. ¡Todo ese tiempo!

Mas, junto con dicho tiempo sentar plaza en mis recuerdos y vivir yo ahora en él como cualquier buen hombre que rememora en paz su pasado, junto con ello, lo otro prosiguió, haciéndome decirme que ya el haber llegado hasta la llama del fósforo era alejarse demasiado, que había que volver a la refriega, diciéndose: "¡A la línea, a la línea!"

Entonces el desfile de los hechos del día de ayer siguió su curso mientras yo libre, con una relativa libertad, palpaba — hundiendo las yemas de los dedos—, todo aquel período sólido, estable, duro, de mi viaje por España, mi viaje fuera de todo círculo.

Y pasó Rubén de Loa, pasó entero. Y yo, desde Toledo, lo vi pasar. Pasó la sala de espera y pasó la plaza de la Casulla y yo de igual modo las vi pasar.

Era una doble vida, una simultaneidad paralela del año de 1920 y del día de ayer. El día de ayer era el círculo sin fin, mi fijación definitiva en su proceso

de recordación giratoria; el año de 1920 era la superficie plana y vasta por donde poder siempre correr, siempre escabullirse de cualquier pensamiento demasiado obstinado, de cualquier cadena de ellos demasiado insistente.

Pero esto no significaba el desprendimiento completo de aquel círculo. Estaba éste siempre allí. Lo sentía como puesto sobre mí y saliéndome de atrás de la nuca. Era grande hasta el techo de la habitación. Tenía unas como aspas planas. Al tocarme cada una la cabeza, rozaba los sucesos de España que la casualidad hubiese en ese instante puesto en el recuerdo de aquella época. Lo rozaba. De tocarlo, de cogerlo, tal época podría borrarse y en tal caso, ¡otra vez solo en la rueda de ayer!

En fin, aunque no muy firme mi postura, chapoteando en aquel año, el cerebro perforado por el pasar del día, en fin, pasó la plaza de la Casulla y confesé a mi mujer el fracaso de mis observaciones en ella, achacándolo al hambre que me roía.

Apareció el restorán de la Basílica.

Apareció tal cual había sido en la realidad, con cada uno de los guisos y, además, con el agregado que tuve al recordarlo la primera vez: la cabeza de buey con sus dos enormes astas. ¡Y aquí, como en el caso anterior, vi, con un alivio reconfortante, que seguía el desfile, seguía la procesión, pagábamos la cuenta, salíamos a las calles y que, a pesar de ello, el buey permanecía en mi memoria!

Permaneció. No se lo llevó el restorán de la Basílica como lógico hubiese sido. No. Se desprendió de él y, tal cual España un momento antes, explayó, esa sola cabeza, otra superficie plana y vasta que, imperceptiblemente —mientras lo otro se desgranaba—, fué poblándose con otros bueyes, con campesinos que los arrean, con árboles inmóviles al sol, con cerros arrullados por los pájaros, conmigo mismo — ¡tantas veces! ¡desde mi infancia! — surcando los años en esos

campos sujetos, clavados hoy, por las dos astas enormes.

Ahora no palpaba. Enterraba las uñas en esos dos pedazos de mi pasado, pedazos calmos y estables. Planicies vividas y, al ser vividas, quedadas atrás asentadas, sin movimiento.

Ahora podía yo caracolear sobre ellas. Ellas no vacilaban. Ellas, en su detención de pasado, podían recibir mis asentaderas y, al recibirlas, sugerirme nuevas planicies para el futuro donde clavar los talones y escupir.

Arriba el círculo giraba y por la cúspide de la cabeza me destilaba la minuciosidad del día mismo. Giraba inmovilizándome en la contemplación de su pasar. Vamos entrando al palacete de mi familia; nuestra presencia les causa una franca hilaridad.

¡Que siga, que siga! ¿El sofá, la cosa con patas? ¡Que venga!

¡Yo miro, miro! Nada más. Yo me encuentro, yo soy mis viajes pasados y mis campos salpicados en mi vida. No tengo todavía fuerzas para echar a buena parte al círculo que sigue. Naturalmente no las tengo. Naturalmente tengo que plantarme allí en el salón y escuchar, una a una, las palabras y necedades de Pedro. ¿Y qué?

¡Ah! Por bajo, aquí bien cerca, ya hay clavados dos puntales tostados por el sol de España y por el sol de nuestros campos.

Sobre los soles, puede el cementerio nocturno desfilar, con todas las posibilidades de que un hombre pierda el juicio, como puede perderlo tras un sofá o frente a un sombrero.

¡La tumba del polaco va pasando!

¡Se desprende! ¡Cae!

Mientras a Pedro le digo: "No", la tumba ha caído y se implanta junto a mí, codo a codo con campos y viajes. Dos años a que el polaco yace en ella. Dos años a que me hallo en San Agustín de Tango. Dos años a que

marchamos paralelos, polaco y yo. El, alargado, carcomiéndose; yo, de pie y a cabezazos.

Dos años, estos dos años.

La tumba — como el sexo verde de Lucrecia, como las astas del buey—, la tumba alzó su lápida y por su hueco, de los sebos apergaminados del polaco, sale, se explaya, se fija, mi vida en mis dos últimos años!

Son tres ahora los puntales. Son tres que, uniéndose, entremezclándose por sus extremos, llenan mi pasado total. Es ya mi pasado total, es ya toda la fuerza acumulada en él para seguir viviendo, que poder oponer a la fuerza de la recordación giratoria que sigue, sigue y sigue.

A pesar de caracolear y brincar en libertad de Zaragoza a las arreadas de bueyes, de éstas a la que es hoy la compañera mía en estas calles, de ella a mi niñez en las higueras o a mi muda contemplación de Burgos sigue el proceso desatado. "Papá, ¿crees tú que se habrían detenido los ejércitos al ver al habitante de Júpiter?" Sigue el proceso, vendrá la taberna y, al venir, me forzaré a recordar que pedimos tilo y que, al traerlo el camarero, quise orinar. Y al recordar que quise orinar, forzado me veré a recordar los cinco agujeros y que había que apuntar por orden en uno y en otro sin tocar el del centro. Y ya en este punto, no habrá fuerza humana que le impida a la mosca plantarse en mi recuerdo. Y llegada la mosca, vacilará el chorro de orina que hará vacilar mi estado de hombre que corre en el tiempo. ¡Gloria!

¿Iré a poder llamarla? ¡Isabel! ¿Iré a poder? Esperemos.

Hemos entrado a la Taberna de los Descalzos. .

Todo continúa simultáneamente. Allí va la rodaja. Aquí mi libertad.

Hay que agarrarse cuanto sea posible a los tres puntales, de modo que la rodaja gire suelta y se escape como una rueda zafada en plena velocidad, por los aires, sola, lejos.

Vino el recuerdo del instante en que, tocando otra

vez el desdoblamiento del tiempo, quise llamarla a ella y se ahogó una I en mi garganta. Pero esa vez yo estaba solo con el círculo, estaba dentro de él y con él giraba. Ahora estoy fuera, casi fuera, y él gira de mi cabeza hacia arriba; ahora tres puntos que marcan mi vida pasada, me retienen. Y además, para aumentar mi arraigue, con un movimiento, instintivo, me he aplanado cuanto he podido sobre el colchón, comprimiéndome con las mantas, para aumentar, por todos los medios, mi libertad ante el desfile implacable de acontecimientos.

—¡¡Isabel!!

He gritado.

Ha salido mi llamado justo en el momento en que el tiempo se ha detenido para borrarse y ha sido uno, sin pasar, y sólido.

Ha respondido:

—¡Voy!

Pero cuando estas tres letras han terminado de entrar a mis oídos, yo ya trepaba escaleras arriba aspirando los perfumes del tilo, mientras seguían alargadas hasta el horizonte las tres vastas superficies planas, doradas de sol, rayadas de mugidos, hastiadas de ciudades quedas.

Tarda en venir mi mujer amada. Sigue menudeando en la habitación vecina. Yo ya vengo de regreso con ella; ya tomamos el ascensor que chirría y monta.

Por tercera vez ya estoy en cama y mis ideas se derriten en tres mosquitas que se van.

Ha terminado de menudear mi mujer. Oigo cómo tranquea hacia acá.

Sin ideas, sin cerebro que ate, el cuerpo se me afloja. Segunda vez. Se aflojará más y líquido caerá al suelo para ser pisoteado. Hasta las planicies se ensombrecen y se me escurren. A no ser que contraiga codos y piernas y rellene le cabeza diciéndome:

—Veamos. Empezó el día con la cuestión de la guillotina.

Y aparecerán las leonas. Los cinocéfalos...

¡Con tal que llegue ella un segundo, un centésimo de segundo antes de empezar la tercera vuelta!

Tranquee siempre. Jamás hubiese imaginado que mediaba semejante espacio entre ambas habitaciones, o semejante cantidad de tiempo entre dos trancos.

Mi cuerpo se afloja. Se desparrama por encima de las sábanas.

Hela aquí.

Pregunta:

—¿Llamabas?

Antes de que el cuerpo se me gotee o que evoque la guillotina, queda aún un pedacito de tiempo afirmado sobre las tres vastas planicies.

¡Aprovecharlo apoyándose en ellas!

—¡Mujer mía — le dije—, coge un lápiz y un papel y dibuja mi cuerpo.

—¿Con qué objeto? — me pregunta.

—¡Dibuja!

La esposa de mi corazón dibuja. Mi cuerpo sobre la cama está desnudo. Ella lo pasa al papel con una línea única y negra.

—¡Cierra la línea! — digo.

—¿Así? — pregunta mostrándome el dibujo.

—Así — respondo—. Haciendo formas en todo el derredor, nada se irá jamás.

Es verdad. Ahora mi cuerpo, dibujado allí, está comprimido de todos lados; ahora ha vuelto a ser.

—En cuanto al día vivido, mujer mía, de guillotina para adelante, lo resumiremos y encuadraremos en tu dibujo de mi cuerpo. Las formas que tú has hecho, lo conservarán en el papel y fuera de mí. Así es que ahora, vamos a dormir.

—Sí — responde—, vamos a dormir.